



firmado : "spectro"

CURTIS GARLAND



SS

**SERVICIO
SECRETO**



CB

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en anunciar la Incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**Lou
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

LA HUELLA

La Intriga, el suspense y la acción Incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

APARECERA A LA VENTA EN JUNIO

CURTIS GARLAND

**FIRMADO:
«SPECTRO»**

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.243
Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 12.500 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1974

© Curtis Garland - 1974

texto

© Enrique Martín - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Por lo que, cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.238.— El filo de las tijeras.

En Colección PUNTO ROJO:

621.— Muere, querido lector.

DEDICATORIA:

A Maurice Leblanc, a Gastón Leroux, a E. W. Hornung, cuñado de Conan Doyle, a Leslie Charteris y, naturalmente, a Pierre Souvestre y Marcel Allain.

A todos ellos, recordando a «Arsenio Lupin», a Rouletabille, a «Raffles», al «Santo» y a «Fantômas», sus criaturas literarias.

«Spectro» es, en cierto modo, un modesto recuerdo a todos ellos. Y un humilde homenaje del autor a sus ilustres colegas citados.

C. G.

PRIMERA PARTE
TARJETA DE VISITA

Capítulo Primero

«SPECTRO»

—¿Spectro?

—Sí... «Spectro».

—Pero... ¿quién es «Spectro»?

—Ah... Pues es... eso: «Spectro».

—¡Al diablo con ello! ¡Tiene que ser *alguien*!

—O tal vez... *nadie*.

—Tiene un nombre, ¿no? ¡Ha de ser material, estar en alguna parte!

—Tal vez no sea nadie... ni esté en ninguna parte.

—Pero... pero aunque así fuera... ¿qué se pretendería con eso? ¿Qué puede significar la palabra «Spectro», la firma de «Spectro»?

—Tal vez... la vida para algunos. La muerte para otros. Lo desconocido. El terror. Y también la burla, el sarcasmo, el desprecio hacia los humanos. No sé... Nadie lo sabe. Es solo eso: «Spectro». Y nada más... ¡Y nada menos, claro está!¹

Tras esas palabras, el capitán Mac Gregor se hundió en un mutismo hosco, ceñudo el ancho rostro, encogida en el asiento su fornida figura.

El sargento Dykers enarcó las cejas, todavía perplejo ante el diálogo breve y absurdo que había acabado de sostener con su superior en el departamento de policía de Los Ángeles.

Salió del despacho preguntándose sí, realmente, su jefe estaría en sus cabales o no. Las explicaciones recibidas poco antes, le hacían dudar muy razonablemente de tal cosa, la verdad. Pero últimamente, Mac Gregor no estaba de buen humor. Y se explicaba. Todo se explicaba, en nombrando por medio a «Spectro».

«Spectro» era la gran pesadilla de Mac Gregor. Y de muchas personas más. Incluido él mismo, Gordon Dykers, sargento del departamento de policía de Los Ángeles. Se preguntó por qué tenía que haber elegido últimamente «Spectro» aquel país y aquella ciudad. Que ellos supieran, otro hombre sufría de obsesiones y de sueños irritantes, muy lejos de allí, a la sola mención del nombre de «Spectro».

Ese hombre estaba ahora en camino hacia Estados Unidos, en un vuelo transoceánico de urgencia. Era el que, llegando desde Londres, tenía que resolver el problema a las autoridades norteamericanas.

El inspector Knight en persona. Sidney Knight, de Scotland Yard. Un hombre frío, calculador, cerebral e inteligente. Se decía de él que era

implacable y astuto hasta el límite. Que jamás se le había resistido caso alguno, ni delincuente de ninguna especie.

Con una sola excepción: «Spectro».

«Spectro», el hombre que empezaba a ser casi leyenda o mito. Que parecía irreal, como dijera el capitán Mac Gregor. Que podía no ser nadie. O ser el diablo en persona.

Una maldición para la policía inglesa. Un serio disgusto para los franceses y los italianos. Una molestia para todos. Una pesadilla para los norteamericanos ahora.

Últimamente, se habían alimentado esperanzas. Se creía que «Spectro» estaba a punto de caer en la ratonera. Fue en relación con el caso del secuestro del hijo de los Rockwell. El precio del rescate era de diez millones de dólares. Los potentados Rockwell reunieron la suma pedida. Pero el propósito de los secuestradores era cobrar esa fortuna y devolver el niño... muerto.

Los Rockwell, cuyo principal miembro, Walter F. Rockwell había presentado su candidatura a gobernador por California, basado en su gran imperio económico e industrial, pero también en sus hábiles manejos políticos, no siempre limpios ni mucho menos, temían lo peor cuando su emisario, Archie Rockwell, hermano del político, llevaba el dinero a los secuestradores.

Ahí intervino «Spectro».

Los periodistas dividían sus simpatías o antipatías hacia la familia, lamentando el drama que vivía el niño, y el delito de los raptos en sí, pero recordando con frecuencia, agriamente, la última acción de Rockwell, el poderoso y altivo Walter F. Rockwell, al desalojar con el apoyo de una legislación dudosa, a toda una población de chicanos y de gentes de color, negros o pieles rojas en su mayoría, para levantar su nuevo complejo industrial de California.

Era la seguridad, la vida del pequeño, inocente víctima del drama, la que preocupaba, y no el hecho de que los Rockwell sufrieran en aquel momento las consecuencias del acto criminal. Pese a ello, les sobraba influencia para poner en movimiento a toda la nación, en defensa de su caso.

Los raptos se apoderaron del dinero contenido en un par de grandes maletas, y le hicieron saber a Archie Rockwell que devolverían al niño en veinticuatro horas. Cierta entonación en esas palabras, alarmó y asustó al tío de la criatura, que temió lo peor e insultó y trató de agredir a los delincuentes. Recibió un golpe violento, y fue derribado sin conocimiento en el parque público donde entregara los diez millones.

Al volver en sí, denunció lo sucedido. Ya había la casi completa certeza de que los secuestradores entregarían solamente un cadáver...

Y de repente, todo cambió.

El niño fue devuelto a los Rockwell, sano y salvo. Los secuestradores, cuatro en total, tres hombres y una mujer, esposados y vencidos, fueron depositados ante un precinto policial, dentro de un coche, con una confesión firmada de sus actos e intenciones. Y también recibió el gobernador en funciones de California una carta firmada por Walter F. Rockwell, en la que hacía pública su renuncia a las próximas elecciones, retirando su candidatura, y anunciando, en cambio, que hacía donación de los diez millones de dólares recuperados de manos de los raptos, a la población chicana y de color expulsada de las tierras donde iba a levantar el magnate sus industrias.

El asombro por esos hechos desorientó a la policía y a la opinión pública, que ni remotamente creía capaz a Rockwell de algo semejante. Y, en efecto, poco después el magnate, ante la publicación de la noticia en todos los periódicos, en televisión y radio, se personó a desmentir que él hubiera firmado carta alguna. Pero era su propio papel, su membrete... ¡y su firma inconfundible! Los expertos en grafología negaron rotundamente que fuese una falsificación. Era, incontestablemente, su propia firma, hecha por él. Todas las pruebas técnicas lo confirmaron ante el estupor de Rockwell.

Este no podía entenderlo. Un Banco había hecho entrega ya de la suma a la Asociación de Defensa de Derechos de los Ciudadanos de Color y Mestizos de California, y Rockwell estaba dispuesto a removerlo todo para recuperar su dinero. Ya ni siquiera parecía importarle la vida de su hijo, ya recuperado sano y salvo tan misteriosamente.

La policía halló sobre los delincuentes hasta cuatro tarjetas de visita, con una calavera en el ángulo superior izquierdo, en color púrpura, impresa. Y una firma:

«Aquí tienen a sus criminales.

«*Spectro*».

Lo que nadie podía imaginar es que Walter F. Rockwell hallaba, casi al mismo tiempo, en su mesilla de noche, un sobre pequeño, con una tarjeta de iguales características. Y en ella un breve texto revelador:

«Durante su sueño fue fácil la hipnosis para que firmase la cesión de sus millones. Gracias.

«*Spectro*».

Pero además, había una postdata reveladora:

«Me permití hacerle firmar también un talón bancario por un millón. Es mi humilde comisión por el trabajo realizado. Muy amable, señor Rockwell.

Exhaló Rockwell un rugido, telefoneó al jefe superior de policía de Los Ángeles, concertando una entrevista inmediata y sin demora, para poner al margen de la ley al misterioso «Spectro» y reclamar el dinero robado. Su importancia era tal, que se le concedió esa entrevista sin pérdida de tiempo, y Rockwell acudió, lívido, a exhibir la prueba de que su firma había sido obtenida por medios ilícitos, y aquello constituía el robó probado no solo de la cuantía total del rescate, sino de un millón más, recibido por «comisión», por aquel extraño personaje.

Cuando ambos hombres se reunieron, ya estaban presentes otros altos funcionarios de la autoridad local, el alcalde de Los Ángeles, e incluso dos agentes especiales del FBI.

Rockwell, enfáticamente, dominando su ira, que le hacía tornarse violáceo, tras aparecer con la faz del color del papel, extrajo el sobrecito con la tarjeta de visita. Puso esta en manos del jefe de policía, y estalló, iracundo:

—¿Y ahora? ¿Qué opinan ustedes de esa vileza, caballeros? ¡Exijo que se persiga, se aplaste, se destruya a ese criminal llamado «Spectro»!

El jefe de policía contempló la tarjeta. Suspiró, moviendo la cabeza. La mostró al alcalde y a los federales. Estos estudiaron la pulcra cartulina blanca. Finalmente, le devolvieron la tarjeta a Rockwell.

—Perdone, señor Rockwell —se expresó apaciblemente el alto funcionario policial—. ¿No cree que se equivocó de tarjeta?

Rockwell miró la pieza de cartulina. Palideció mortalmente.

Tenía su calavera púrpura. Y nada más. Estaba totalmente en blanco. Sin una sola letra escrita.

* * *

Los análisis dieron resultado negativo en los laboratorios federales.

—Nunca se ha escrito aquí con tinta simpática —expuso un funcionario del FBI a Arthur F. Rockwell y al jefe superior de policía—. Todas las pruebas y reacciones fueron negativas.

—¡Imposible! —aulló el magnate—. ¡Yo mismo leí varias veces ese maldito texto! ¡La tinta tuvo que borrarse después! ¡Nadie pudo introducir su mano en mi bolsillo y cambiarme la tarjeta!

—Pues lo lamento, señor. Pero como prueba para acusar a alguien de lo que usted hizo voluntariamente en apariencia, no va a servirnos de mucho —se excusó, diplomático, el jefe de policía.

—¡Tienen que creerme! ¡No estoy loco, ni me invento las cosas! —rugió Rockwell—. ¿No han pensado en la posibilidad de que utilizasen una clase de tinta especial, desconocida aún?

—Si es ese el caso... —el agente federal se encogió de hombros, con escepticismo—. En esas condiciones, ni nosotros ni nadie podría localizar en ese papel alguna sustancia que probara sus palabras, señor Rockwell, puesto que se desconocería la forma de producir la reacción. Desengáñese: no hay medio químico alguno de hacer reaparecer letra alguna en ese papel. De modo que su prueba sigue sin ser válida. Lo lamento de veras.

Ese fue el golpe de gracia para Walter F. Rockwell, que perdía así, como por arte de magia, sus once millones de dólares, sin derecho a reclamación, puesto que había firmado sus documentos con su propia mano, sin ser obligado por la fuerza... y en estado hipnótico, que no podía demostrar ante la ley.

—Maldito sea el canalla que se firma «Spectro» —jadeó, furioso, al abandonar el departamento de policía—. ¡No cesaré hasta hundirle y acabar con su insolencia criminal! ¡Juro poner toda mi fortuna, si es preciso, en el empeño de darle caza y verle en prisión para toda su vida miserable!

Así se ganó el desconocido «Spectro» un mal enemigo.

El hombre que había recuperado a un hijo que, de otro modo, le hubiera llegado muerto, no agradecía en absoluto al misterioso benefactor tal acto de valor y humana generosidad, puesto que pagaba por ello lo que él consideraba un alto precio: su renuncia oficial a las elecciones para gobernador, de la que ya no podía volverse atrás sin tener que justificar unos hechos que le pondrían en ridículo ante California y el país entero. Sus once millones de dólares, repartidos proporcionalmente, con uno para el anónimo comunicante, y diez para los propios chicanos y gente de otras razas que él despreciaba y había arrojado de unos terrenos sin la menor compensación económica. Y, sobre todo, la mofa sangrienta ante personalidades de la ciudad, con aquella tarjeta de visita, realmente diabólica...

Sí. Arthur F. Rockwell declaró en ese momento la guerra a «Spectro», aunque no sabía siquiera quién podía ocultarse tras aquel apodo extraño e inquietante.

Y Rockwell era un adversario peligroso, aunque por las cosas que se iban sabiendo paulatinamente, a través de las declaraciones de los cuatro secuestradores y del propio hijo pequeño de Rockwell, tampoco parecía nada vulgar el personaje que se llamaba a sí mismo «Spectro».

No, nada vulgar, ciertamente. Con suficientes motivos para despertar la inquietud y la sorpresa en los que estaban dispuestos a combatirle, por simple principio de autoridad, puesto que, legalmente, «Spectro» era culpable de una serie de irregularidades muy poco claras. Aunque con pruebas en la mano, no se le pudiera acusar de nada, salvo de intervención en un caso de secuestro, capturando por su cuenta a los culpables, y devolviendo sin daño alguno al niño secuestrado.

El capitán Mac Gregor fue quien escuchó las respuestas de los cuatro captores, la mujer y los tres hombres. Todos ellos estaban realmente asustados, y aunque protestaron de su confesión firmada, alegando que les fue arrancada con amenazas, este documento era la prueba vital contra ellos, ya que el texto especificaba claramente su papel en el rapto, y finalmente terminaron por contradecirse entre sí, y confesar, confirmando su escrito.

Luego, llegó el momento de preguntarles qué aspecto físico tenía su adversario, el hombre que les capturó. Porque se suponía, en principio, que fuese un hombre. Y eso no estuvo muy claro tampoco, apenas unos momentos después.

Las respuestas de los tres hombres y de la mujer, respectivamente, fueron desorientadoras y como una burla colectiva a los perplejos agentes de la policía de Los Ángeles:

—Era un hombre canoso, encorvado y de rostro rugoso. Me sorprendió por eso...

—Era raro. Pelo negro, lacio, rostro torpe, como de un atrasado mental, con un ojo de vidrio o de globo inútil...

—Le vi muy bien. No era nada de eso. Era alto, rubio, delgado. Tenía una facilidad pasmosa para el karate. Me desarmó en un instante y...

—Mis compañeros deliran —protestó la mujer, al conocer esas tres respuestas antagónicas—. ¿Un hombre canoso, o de pelo negro, o rubio?... ¡Ni siquiera era un hombre! Era una mujer, lo puedo jurar. Una mujer de cabellos rojos, de rostro atractivo, bien formada... Apareció con un arma, repentinamente, como surgida de la nada. Me dejó petrificada. Luego, pareció distraerse, quise aprovecharlo... y me derribó con alguna llave muy rápida... Es todo.

Mac Gregor repitió hasta cuatro veces el interrogatorio. Los datos coincidieron. Al parecer, cuatro personas diferentes habían estado allí, en el refugio de los secuestradores, para ocuparse de rescatar al niño. Y eso parecía muy improbable. Cuando Mac Gregor habló cariñosamente con el pequeño Rockwell, la cosa se complicó más aún.

—¿El señor que me sacó de allí y me dejó en el jardín de casa? —dijo el niño—. Claro que lo recuerdo. Era muy bueno, muy cariñoso... Joven y fuerte... Siempre sonreía. Tenía unos ojos muy, muy verdes... Y el pelo... el pelo era como el suyo, señor...

Mac Gregor se tocó su cabello castaño. Maldijo entre dientes. Era lo último que le faltaba. La quinta descripción. Y nadie había visto nunca a dos de aquellos personajes a la vez.

—Quizá se trate de una misma persona —sugirió el sargento Dykers, pensativo.

Y Mac Gregor, aun a disgusto, tuvo que reconocer que estaba pensando

lo mismo. Si todos eran una misma persona... aquella persona era «Spectro». Pero ¿cuál de los cinco aspectos descritos era el auténtico?

¿O... quizá ninguno respondía a la realidad?

El caso empezaba a ser irritante. Y más aún por las presiones constantes de Rockwell para que se diese caza a «Spectro».

Un anuncio recuadrado, en todos los diarios de Los Ángeles, reveló ese interés obstinado del millonario, por vengarse de quien le había devuelto a su hijo, a cambio de algo que él nunca podría perdonar: su humillación pública... y once millones de dólares perdidos definitivamente.

El anuncio resultó inexplicable para algunos:

«Se recompensará generosamente cualquier indicio que conduzca a la captura de “Spectro”.

»El criminal anónimo que utiliza ese apodo deberá ser capturado para que quien a ello contribuya reciba la suma de doscientos mil dólares en efectivo inmediatamente.

»*Arthur F. Rockwell,*

»de Rockwell Incorporated».

Ese anuncio trajo inmediatos resultados.

Poco después se recibía un cable fechado en Londres, con un texto esperanzador:

«Interesado personalmente captura “Spectro” por ser antiguo adversario policía inglesa emprendo inmediato viaje a Estados Unidos vía aérea. Donaré recompensa a sociedad benéfica huérfanos policías ingleses y americanos si capturo “Spectro”. Saludos: *Sidney Knight*, inspector de Scotland Yard».

Rockwell empezó a tener esperanzas. Y también Mac Gregor, cuando se enteró de la próxima llegada de su colega, puesto que el cable de Knight recibido en el departamento de policía de Los Ángeles era más explícito en ciertos aspectos:

«Emprendo viaje aéreo. Llevo datos personales “Spectro” y sus huellas dactilares. Espero logremos captura criminal. *Sidney Knight*».

«Huellas dactilares. Y descripción del criminal. Eso ya era mucho — pensó Mac Gregor, ilusionado—. Más de lo previsible en tan extraño caso».

Esperaban todos la llegada de Knight como alguien llovido del cielo. Pero entre tanto, algo sucedió en casa de Rockwell.

Algo que precipitó los acontecimientos, previos a la llegada del

inspector de Scotland Yard a California...

Capítulo II

«SPECTRO», CAPTURADO

—¿Capturado?

—Eso dije, señor. Pero confío en que cobre la recompensa ofrecida.

Arthur F. Rockwell miró fríamente a su visitante. La cautela y la desconfianza asomaron a sus azules, pálidos ojos. Apretó los labios antes de replicar secamente:

—Solo cuándo «Spectro», identificado convenientemente, esté en prisión. Solo entonces percibirá usted los doscientos mil dólares ofrecidos, señor... señor...

—Hogan. Warren Hogan.

—Bien, señor Hogan. ¿Está seguro de poder cumplir lo que prometió? ¿Capturar a «Spectro»?

—Si no estuviese seguro, no me hallaría ahora aquí —sonrió serenamente el hombre pálido, enjuto y de mirada gris y desvaída que se sentaba apaciblemente frente a Rockwell—. Le he dicho que en menos de veinticuatro horas. «Spectro» estará en prisión si escucha mis instrucciones. Pero, naturalmente, quisiera una garantía escrita de que ese dinero será mío entonces.

—Bien. Eso sí puedo hacerlo —Rockwell escribió con rapidez un pliego de papel, y lo firmó, tendiéndolo a su visitante—. Es suyo. No tendrá validez alguna mientras «Spectro», una vez identificado sin lugar a dudas, no esté preso en poder de la policía. Es mi garantía de que, en ese caso, tendrá sus doscientos mil dólares en efectivo. Ahora, explíquese: ¿cómo puede usted facilitar la captura de ese personaje? Y, sobre todo, ¿quién es él?

Hogan se inclinó confidencial hacia Rockwell. Le informó en voz baja:

—Señor Rockwell, ¿no ha pensado usted en algo realmente raro que ha sucedido en estos últimos días?

—¿Raro? —el millonario enarcó las cejas—. No, no entiendo... ¿A qué se refiere?

Hogan sonrió entre dientes. Meneó su cabeza de ralos cabellos rojizos y rostro innoble, huidizo, de perfecto bribón. Sus piernas arqueadas, zambas, se encogieron sobre el asiento de modo desagradable.

—Su servicio, señor Rockwell... —musitó el visitante—. ¿Ha pensado en su servicio doméstico tal vez?

—No... ¿Mi servicio? —la extrañeza y dudas del magnate iban en

aumento—. No veo claro. Yo nunca me ocupo de esas cuestiones. Es mi mayordomo quien lo hace, si no mi propia esposa personalmente, cuando sus ocupaciones se lo permiten...

—No culpo a su esposa. Ni a su mayordomo. Él es David Morgan, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Acaso él... es un maleante, un riesgo para nosotros? —se inquietó Rockwell.

—No, no —rio Hogan, risueño—. David Morgan es un viejo amigo. Fue un hampón de nuestro mundo, señor Rockwell. Pero hace años que cambió de vida y es completamente honesto ahora. Puede confiar en él. Solo que usted... perdió un sirviente hace una semana, exactamente: el jardinero Garrett.

—Burt Garrett... —se irguió, sobresaltado, Rockwell. Sus ojos brillaron—. Bien. ¿Y qué, señor Hogan? ¿Qué tiene que ver Garrett con eso? Se tuvo que ausentar por un asunto familiar. No puede volver al trabajo, y tomamos otro jardinero...

—Exacto —sonrió Hogan, irónico—. Un tipo llamado Vernon. Ralph Vernon, ¿verdad?

—Pues... sí. Está muy enterado de todo lo de mi casa, Hogan. ¿Por qué?

—Porque Vernon... es «Spectro».

—¿Qué? —aulló el magnate, incorporándose de un salto—. ¿Está loco?

—Ni mucho menos —rio el visitante—. En el hampa, todos sabemos las mil personalidades que es capaz de adoptar «Spectro». Pero nadie conoce su rostro real, la verdad. Por ello debo decirle, señor Rockwell, que su casa puede ser rodeada... y Vernon caerá en la trampa. Entró a trabajar aquí dos días antes de ser rescatado su hijo. El apareció en el jardín precisamente, junto al invernadero. Él se ocupó de que Garrett se ausentara, fingiendo un pretexto. Sin duda le pagó bien... o le obligó a ello, ¿no se da cuenta?

—Es muy posible, sí. Pero ¿cómo supo usted eso? —le estudió, desconfiado.

—Muy sencillo —Hogan se encogió de hombros—. Garrett mismo me telefoneó. Él se ausentaba por orden de alguien que quería estar cerca de usted para devolverle a su hijo. Luego, imaginé el resto al leer los periódicos. Por si acaso, he vigilado su jardín. Y vi a Vernon en el invernadero, justamente esta mañana.

—¿Y...?

—Tiene un pequeño emisor-receptor de radio, que sin duda le comunica con sus colaboradores leales. Se dice que «Spectro» es un tipo raro, mezcla de ladrón, aventurero, estafador, detective aficionado, y... sobre todo, justiciero a su modo, robando a financieros, industriales y gentes que, según su propio código personal del honor, roban a los demás

dentro de los cauces de la discutible ley de los hombres. ¿Va entendiendo?

—Sí, entiendo. ¿Para qué le serviría a un jardinero vulgar un emisor-receptor de radio, si es cierto su informe? —frunció el ceño Rockwell.

—Puede comprobarlo por sí mismo —sonrió Hogan, incorporándose apaciblemente—. ¿Cuándo debo recoger el premio?

—En cuanto la policía le tenga en su poder y se compruebe su identidad... Y eso puede hacerse pronto —se dispuso a tomar el teléfono, y rápidamente Hogan le detuvo, aferrando su brazo. Miró el millonario con disgusto aquella mano descuidada, de uñas desaseadas, que arrugaba su elegante chaqueta gris rayada—. Eli, suélteme. ¿Qué pretende?

—No utilice ese teléfono —suspiró Hogan.

—¿Por qué? —pestañeó Rockwell.

—Si lo hace, es que no conoce al enemigo que tiene enfrente. Seguro que lo ha intervenido con sus ingenios electrónicos, y conoce al dedillo sus actividades y proyectos. Será mejor que llame desde el exterior, a través de otro teléfono. ¿A quién iba a avisar?

—A la policía.

—Yo puedo hacerlo desde fuera, de su parte —Hogan caminó hacia la salida—. Volveré dentro de una hora.

—¿Tan pronto?

—Ese será tiempo suficiente, sin duda, a menos que sean todos tan necios que dejen escapar de entre sus manos a esa especie de anguila humana que se hace llamar «Spectro»...

Y con una risa burlona entre dientes, Hogan se encaminó a la salida sin prisa alguna. El millonario le orientó, pensativo aún:

—Llame al Departamento Central. Pida por el capitán Mac Gregor personalmente. Y dele el encargo en mi nombre, Hogan. Seré feliz sí, dentro de una hora, puedo pagarle esos doscientos mil dólares. Significará que «Spectro» ha caído en el cepo...

—Solo espero que sea por largo tiempo —suspiró Hogan—. No quisiera estar en mi pellejo, si ese tipo sale libre de nuevo y empieza a buscarme por ahí...

Cuando la mansión cerró su puerta tras del visitante, Arthur F. Rockwell arrugó el ceño, preocupado. Nada le podía asegurar que Hogan fuese sincero. Tal vez era un simple granuja, un vividor... o un aliado de «Spectro». Era preciso comprobar antes lo de Vernon, el jardinero actual. Y se dispuso a hacerlo.

* * *

Era cierto. Vernon estaba podando los rosales, al fondo del recinto ajardinado. En el invernadero no había nadie. Rockwell, personalmente,

comprobó la presencia del pequeño y potente emisor-receptor de transistores, instalado entre los macetones de orquídeas, en el ala sur del recinto encristalado.

Salió sigilosamente del invernadero, por entre este y el cobertizo de herramientas, y regresó a la casa. Oculto tras una vidriera con cortinajes, espió el jardín.

Ralph Vernon no tardó en regresar al invernadero, con paso tranquilo, arrastrando los pies, despeinado su cabello canoso y lacio. Tenía nariz ganchuda y rostro torpe. Pero el millonario empezaba a no fiarse demasiado del físico de nadie. Recordó lo que dijera Hogan: era un hombre de mil rostros. Y nadie conocía a ciencia cierta el suyo verdadero.

Tal vez estaba viendo ya uno de los mil rostros de «Spectro». Estaba la denuncia de Hogan, el granuja de los bajos fondos de Los Ángeles. Y también la presencia del emisor de radio, que ahora estaba sin duda manipulando Vernon, inclinado sobre los bellos brotes de orquídeas.

Se retiró cautelosamente. Esperaba que Hogan cumpliera las instrucciones recibidas. Y confiaba, igualmente, en que Vernon no se ausentara de la casa antes de tiempo.

Cuando llamaron a la puerta, cosa de media hora más tarde, y el mayordomo le anunció la llegada del capitán Mac Gregor en persona, supo que el pillo había cumplido hasta el momento su misión al pie de la letra. Tenía doscientas mil razones de peso para hacerlo así.

El capitán, con sus andares recios, su fornida figura llena de energía y vitalidad, caminó hasta Rockwell, estrechando reciamente su mano, como era en él habitual. Le sonrió ampliamente, y luego miró en torno, preocupado.

—¿Es cierta la llamada que he recibido hace poco, señor Rockwell? —indagó el oficial de policía de Los Ángeles.

—Muy cierta —afirmó el millonario—. ¿Se identificó su comunicante, capitán?

—Sí. Un tal Warren Hogan. Por cierto, un tipo con antecedentes...

—Lo imagino —rió el magnate—. Ha venido a denunciar a «Spectro».

—¿De veras? —enarcó las cejas el capitán—. ¿Sabe usted quién es él?

—Lo sé. Está aquí, en mi casa.

—¡Cielos! —Mac Gregor miró al teléfono—. ¿Por qué no me lo comunicó usted mismo?

—Hogan teme que esté intervenida la línea. «Spectro» tiene incluso un emisor-receptor de radio en el invernadero. Es Vernon, mi nuevo jardinero. Ocupó el puesto dos días antes de serme devuelto mi hijo. Garrett, el anterior, fue forzado o convencido a dejar su tarea por el propio «Spectro», capitán.

—Vaya pájaro... —silbó entre dientes Mac Gregor—. Bien, yo he

seguido instrucciones de ese Hogan. La manzana de su residencia está cercada. Nadie puede abandonarla ahora, señor Rockwell.

—Bien. Entonces, arreste a mí jardinero. Correremos ese riesgo.

—No, no habrá riesgo —suspiró el capitán, con una sonrisa de triunfo—. Aquí mismo podremos comprobar su identidad, esté seguro.

—¿Cómo está tan seguro de ello? —pestañeó el magnate.

—Por esto —Mac Gregor extrajo de su bolsillo un sobre de papel manila. Y de él, extrajo unas fotografías.

Eran huellas dactiloscópicas, muy ampliadas. Las tendió a Rockwell—. Son de «Spectro». Scotland Yard las transmitió por telefoto, anticipándose a la llegada del inspector Knight, que arribará a Nueva York de un momento a otro, para enlazar con el vuelo de Los Ángeles.

—Cielos... Si esas huellas coinciden... —las miró el millonario, viendo debajo la impresión del pie de las ampliaciones recibidas por radio: «Mano derecha de “Spectro”. New Scotland Yard. Identificación. Londres». Alzó la cabeza, clavando sus ojos en el oficial de policía—. ¡Será la prueba definitiva!

—Exacto —sonrió Mac Gregor. Se encaminó a la puerta, y miró al exterior, abriendo con cautela. Hizo un gesto. Dos funcionarios de paisano entraron, portando un maletín. El capitán informó—: Son los expertos en dactiloscopia. Todo está a punto. Vamos a dar caza a su jardinero, y sin perder más tiempo...

Uno de los expertos siguió a Mac Gregor y a Rockwell, esgrimiendo un revólver reglamentario. Se encaminaron resueltamente al jardín.

* * *

—Les aseguro que se equivocan —suspiró Ralph Vernon—. No entiendo nada de esto. Yo solo soy un jardinero, señores...

—¿Seguro? —rio entre dientes Mac Gregor—. ¿Y los jardineros utilizan emisoras de radio en su tarea?

—Yo no sé de qué me hablan. No tengo ningún emisor. Alguien lo puso en el invernadero.

—Seguro. Y usted ni se enteró de ello, pese a estar entre las orquídeas cuando le hemos capturado, Vernon —acusó Rockwell—. Incluso estoy seguro de que manipuló antes en él...

—Se equivoca, señor. Ni siquiera lo vi. Todo esto es un grave error, se lo aseguro...

—Lo comprobaremos muy pronto, Vernon —cortó Mac Gregor secamente—. En cuanto tomemos sus huellas dactilares.

—¿Mis huellas? —pareció preocupado el jardinero—. Pero ¿por qué? ¡Yo no he hecho nada!

—Si es así, nada tiene que temer —sonrió Mac Gregor, irónico. Miró a sus auxiliares, que disponían ya el equipo de impresión de huellas. Luego, estudió las manos esposadas del jardinero—. Adelante. Salgamos pronto de dudas...

Se hizo la comprobación en escasos minutos. Un silencio tenso se apoderó de la sala y de todos los presentes. Las cartulinas fueron cubiertas de negras señales rayadas. La mano diestra de Vernon pasó dedo a dedo a las fichas dispuestas previamente por triplicado.

La comprobación la efectuó uno de los expertos, con lente de aumento. Alzó la cabeza y afirmó, risueño, con mirada fija en el preso:

—Lo siento, amigo —dijo a Vernon. Y entregó las cartulinas y las telefotos a Mac Gregor—. Vea, capitán. No hay la menor duda. Son huellas de una misma mano.

—¡Perfecto! —exclamó Mac Gregor, exultante de júbilo su gesto—. ¡Ya tenemos a «Spectro»!

Rockwell se precipitó impetuoso sobre el jardinero que, muy pálido, tragó saliva, sin resolverse siquiera a protestar o a hacer reclamaciones de inocencia.

—¡Maldito ladrón, estafador repugnante! ¡Vamos, devuélveme mi dinero, mis millones! —rugió, pretendiendo aferrarle con rabia, cosa que impidieron los policías a un gesto de Mac Gregor, interponiéndose—. ¡Dejen que dé un escarmiento a ese canalla sin conciencia!

—Lo siento, señor Rockwell —suspiró Mac Gregor apaciblemente—. No habrá revanchas de ese tipo en mi presencia. Como oficial de la policía de Los Ángeles, es mi misión arrestar a este hombre bajo los cargos de presunta estafa y actividades ilegales, pero no de tolerar la menor violencia contra él. Le ruego que no dificulte la acción de la ley, señor Rockwell.

—Perdone —jadeó el millonario, mirando con violento odio a Vernon—. No pude contenerme...

—Lo comprendo muy bien —se detuvo, al sonar una llamada en la puerta. Se volvió. Momentos más tarde, aparecía el mayordomo de los Rockwell con aspecto solemne.

—El señor Hogan ha vuelto, señor —informó a su patrón, con el gesto de quien se siente humillado ante cierta clase de visitas—. Él ha insistido en que usted le recibiría y...

—Por supuesto —asintió con viveza Rockwell—. Vaya si le recibiré... Ese hombre se ha ganado su premio merecidamente.

Caminó hasta el fondo, donde se hallaba un gran cuadro enmarcado en dorado. Presionó una moldura, y el cuadro subió silenciosamente, revelando una caja fuerte, en la que manipuló, ante la mirada indiferente de Mac Gregor, que impidió que mirase Vernon, acaso para evitar que la astuta mirada de «Spectro» pudiera tomar nota de algo para el futuro...

Extrajo dos fajos de billetes de mil dólares del interior de la caja, y esperó, tras cerrar la caja, en cuyo interior se veían abundantes fajos de igual cuantía, apilados cuidadosamente.

Cerró la caja, bajó el cuadro de nuevo, y al aparecer el huidizo Hogan en la puerta, humedeciendo sus labios tímidamente, y con mirada de soslayo hacia Vernon, el millonario avanzó con rápida zancada hasta el confidente, a quién entregó la considerable suma en ambas manos. Los ojos de Hogan revelaron su entusiasmo. Estrujó los dos mazos de billetes.

—Gracias, señor —suspiró—. Es muy generoso...

—Es lo prometido —cortó secamente el millonario—. Ahora, márchese. Nuestro trato ha terminado aquí mismo, Hogan.

—Sí, señor, como diga —miró de nuevo a Vernon, y pidió a Mac Gregor—: Sobre todo, capitán... que no se les escape nunca, o yo lo pagaría muy caro...

Vernon se limitó a mirarle, con ira contenida, sin decir palabra. El confidente se ausentó, feliz con su nueva fortuna, tan fácilmente ganada. La puerta de la residencia se cerró tras de él.

—Bien, señores —habló Mac Gregor con un suspiro—. Creo que debemos llevarnos ya a este hombre. La misión está cumplida... Permita que llame al departamento, señor Rockwell, para que preparen todo y no se nos escape el pájaro de la jaula...

—Sí, por supuesto, capitán —sonrió Rockwell—. Haga lo que guste. Está en su casa.

El oficial de policía agradeció con un gesto la hospitalidad del millonario, y se inclinó marcando rápido un número. Habló con rapidez:

—Aquí Mac Gregor. Todo hecho. «Spectro» está en nuestro poder. Salimos ahora hacia allá. En cuanto nos vayamos, pueden retirar el cerco policial.

Colgó, haciendo un gesto a los dos hombres, para que rodeasen al preso, hosco y malhumorado. Mac Gregor tendió de nuevo su mano abierta a Rockwell.

Se la estrecharon ambos hombres. El millonario habló con decisión:

—Tendrán también una recompensa generosa para sus huérfanos, capitán...

—Solo lamento que el inspector Knight haga el viaje en vano —rio entre dientes el oficial de policía—. Será un duro golpe para el prestigio de los británicos...

Se dispusieron a salir con su cautivo. En ese momento, la puerta de acceso al vestíbulo se abrió bruscamente.

Y en ella apareció... *¡el capitán Mac Gregor!*

Por un momento increíble, los dos capitanes Mac Gregor, se miraron mutuamente, con el asombro de todos los presentes reflejado en sus

petrificados semblantes.

* * *

—¡Pronto! —aulló el recién llegado, señalando con energía al «otro» Mac Gregor, el que se ocupara de capturar a Vernon—. ¡Arresten a ese hombre! ¡Es un impostor!

Tras de Mac Gregor entraron dos policías uniformados que, dominando difícilmente su sorpresa, vacilaron unos instantes, mientras el primer Mac Gregor parecía dispuesto a dar media vuelta y correr hacia la parte posterior del edificio.

Pero los agentes tenían ya en sus manos las armas automáticas. Y los propios técnicos en dactiloscopia, tras un instante de indecisión, se apresuraron a sujetar tanto a Vernon, el jardinero, como al primer Mac Gregor, muy precavidamente.

Y, ciertamente, nadie parecía entenderse de momento en aquel caos. Muy pálido, aturdido y nervioso, Arthur F. Rockwell asistía a aquella situación absurda, inexplicable aún.

—Tal vez sea usted el impostor, y no yo —silabeó fríamente el primer Mac Gregor, fija su mirada en el exacto «doble» suyo.

—Eso se probará enseguida —Mac Gregor estudió de una sola ojeada la situación de los personajes—. Señor Rockwell, ¿qué sucede aquí? Vengo del departamento de policía para informarle de que el inspector Knight, de Scotland Yard, ha llegado ahora mismo, y trae consigo las huellas dactilares de «Spectro».

—Pero... ¡pero él trajo consigo la telefoto de esas huellas! —rechazó vivamente el millonario, señalando al primero de los dos capitanes Mac Gregor—. Y acaban de comprobar que son los de Vernon, mi jardinero...

—Eso es ridículo —rechazó el nuevo Mac Gregor—. Esas huellas no fueron jamás tele-transmitidas. Solo existe una copia, que posee Knight, por razones de seguridad y por ser un caso muy especial para la policía inglesa. Veamos esas copias y juzguemos. Pero desde este momento, sea usted quien sea, está arrestado, señor Mac Gregor II.

Y rápidamente, acercándose a él, le puso las esposas, mirándole de cerca, asombrado por el parecido. Bruscamente, tiró de sus cabellos fuertes y rizosos, color castaño. La peluca salió trabajosamente... pero salió.

Rockwell empezó a entender entonces.

—¡«Spectro»! —rugió, señalando al falso Mac Gregor—. ¡Es él, seguro!

—Sospecho que sí —afirmó el Mac Gregor recién llegado.

El que perdiera su peluca, mostrando debajo un cabello castaño liso, revuelto, se limitó a sonreír fríamente, encogiéndose de hombros.

De súbito, una palidez mortal cubrió el rostro tenso del millonario. Recordó algo. Miró a la caja fuerte, oculta por el cuadro de dorado marco.

—¡Hogan! —aulló—. ¡Si Vernon no es «Spectro»... él fue quien nos engañó a todos! ¡Y se llevó doscientos mil dólares míos! ¡Me han estafado de nuevo!

El capitán Mac Gregor que llegara recientemente a la casa, meneó la cabeza con cierto desaliento.

—Sí, señor Rockwell —suspiró—. Sospecho que eso es lo que ha sucedido realmente, si usted cometió semejante error...

Capítulo III

ASI ES «SPECTRO»

—Sí, señores. Así es «Spectro» realmente... Ya era hora de conocerle con su rostro y apariencia reales. Debo felicitarles humildemente, y reconocer la superioridad de la policía norteamericana sobre la inglesa — confesó con mal disimulado disgusto el inspector Sidney Knight, de New Scotland Yard.

Luego, volvió a contemplar la gran fotografía en color, de cuerpo entero, que cubría la amplia pantalla de proyección, en la cabina del departamento de policía de Los Ángeles. A su lado, se acomodaban Arthur F. Rockwell, dominando difícilmente su ira, su rencor, su humillada y frenética irritación, y los oficiales de policía Mac Gregor y Dykers, con la complacencia iluminando sus rostros.

La imagen de la pantalla era la de un hombre joven, alto, esbelto, musculoso y elástico como podía serlo el cuerpo felino de una pantera. Ojos verdes, pelo castaño, rostro enjuto y expresión entre dura y sarcástica, cargada de ironía la sonrisa de sus labios sensuales y burlones.

Aquel era «Spectro», decididamente. El verdadero «Spectro», ofreciendo su faz, su figura, su personalidad real, enigmática hasta entonces.

Era la fotografía cuidada del hombre encarcelado ahora en los bajos del departamento central de policía de Los Ángeles, estrechamente vigilado, rodeado de agentes armados, y a la espera del traslado a la penitenciaría del Estado de California, en espera de su extradición a Gran Bretaña, donde los cargos contra él eran numerosos.

—¿Qué cargos exactamente, inspector Knight? —se interesó vivamente Mac Gregor.

—Son incontables —suspiró el caballero británico, severo, elegante y frío, que era Sidney Knight, vestido enteramente de azul marino, con paraguas estilizado y sin embargo tradicional en su país, y sombrero bombín, negro, sobre sus escasos cabellos canosos. Prosiguió, con tono calmoso—: Está buscado por estafa, apropiación de bienes ajenos, burla de las autoridades, acciones al margen de la ley, tomándose la justicia por su mano en ciertos casos criminales, y siempre obteniendo de ello buenos beneficios. El vulgo quiere hacer de él un héroe, basándose en que es una especie de caballero andante de nuestro tiempo, dedicado a vengar a los desheredados de la fortuna, esquilmando a financieros y millonarios, a

gobernantes que él considera indignos o a *trusts* poderosos cargados de poder y dinero...

Mac Gregor tuvo una irónica sonrisa flotando en sus labios al mirar de soslayo al silencioso y sombrío Rockwell, antes de preguntar, curiosamente:

—Y... ¿eso es cierto, inspector Knight?

El inglés carraspeó, pensativo. Luego, se encogió de hombros.

—Bueno, usted ya sabe cómo es la gente en esas cosas que quiere teñir de un falso e inadecuado romanticismo. Como un nuevo Dick Turpin nuestro, o un Jesse James de ustedes... ha idealizado a «Spectro». Es verdad que nunca mata o delinque como los demás. Si hay algunos homicidios sobre él, se sospecha que siempre fueron cometidos en una especie de particular y personal «ajuste de cuentas». Han sido los muertos maleantes de todas clases, desde jefes de la Mafia, millonarios delincuentes que hicieron su fortuna con tráfico de drogas o en trata de blancas y cosas así... Otras veces, simples asesinos o rufianes peligrosos cayeron misteriosamente eliminados. Se cree que todo lo hizo «Spectro». Pero nuestra sociedad no puede permitir que un simple ser humano se erija en juez y verdugo de los demás. Para eso hemos creado una ley y una justicia.

—¿Cómo pudo burlar a la ley tanto tiempo? —se irritó Rockwell, excitado.

—Se dice que posee muchos medios propios. Siempre estafa o roba grandes sumas. Nunca se ocupa de peces pequeños o medianos. Usted creo que lo sabe por experiencia —sonrió irónico Knight, inclinándose cortés ante Rockwell, que le miró con ira—. Se habla de que posee, incluso, medios excepcionales de transporte y locomoción, tales como yate, avioneta propia, acaso un helicóptero... Se dicen muchas cosas, pero ninguna está probada en realidad. Lo único cierto es que es un hombre capaz de estar hoy en Los Ángeles, mañana en Hawái y dentro de dos días en Bangkok, en El Cairo o en Copenhague. Y que nadie sabe realmente quién es. Estas huellas dactilares las obtuvimos por puro milagro en un lugar de Oriente Medio donde fue localizado; tuvo que escapar, seguido por dos agentes del *Intelligence Service*, cuando se enfrentaba a unos ricos ciudadanos británicos, que luego resultaron especuladores del petróleo y traficantes en divisas.

—Pero esas huellas tuyas, las que han confirmado en el falso Mac Gregor, no eran las que este comparó con mi jardinero Vernon —señaló el millonario—. ¿Cuál fue realmente el juego de ese rufián sin conciencia, inspector?

—Un juego tan ingenioso como complicado, señor Rockwell —una sonrisa de tenue ironía curvó los labios de Knight, pese a que el policía inglés se mantuvo serio y frío—. Primero envió a un ayudante suyo, el

supuesto Warren Hogan, que le informó, reclamando la recompensa. Este se fue, pero jamás telefoneó a la policía, ni el teléfono suyo estaba intervenido como él sugirió. Tampoco Vernon, su jardinero, tuvo nada que ver en todo el lío. Lo cierto es que se ha probado que no sabe siquiera lo que es un emisor de radio tan moderno como el que puso «Spectro» en su invernadero. Si el pobre diablo llegó a verlo, pensó que sería un instrumento suyo, señor Rockwell, para cualquier utilidad no conocida por él. Pero «Spectro» tenía las huellas de su jardinero, y falseó perfectamente unas telefotos... o las emitió él mismo, si posee una instalación adecuada, falseando el punto de origen y situando en la fotografía las huellas de Vernon. Luego, se presentó en su casa el falso Mac Gregor, pero con dos *auténticos* expertos en huellas, a quienes requirió del Gabinete de Identificación del departamento de policía, por llamada telefónica, en uno de sus clásicos alardes de audacia que, por otro lado, dan verosimilitud y consistencia a sus artimañas.

—Increíble —masculló el sargento Dykers, atónito.

—Increíble. Pero así es «Spectro». De ese modo probó, de manera fehaciente, incluso a dos policías auténticos, requeridos como colaboradores, que Vernon era «Spectro». Hogan volvió, cobrando el dinero suyo, que era de lo que se trataba, y antes de poder desaparecer con el falso culpable esposado, se dio la afortunada circunstancia de que yo llegase a Los Ángeles, puesto que anticipé mi viaje gracias a un vuelo oficial militar, y el auténtico capitán Mac Gregor se personó allí, hundiendo el plan imaginado por «Spectro» para burlarse de usted.

—De hecho se burló —dijo furiosamente Rockwell entre dientes—. El cómplice de «Spectro» me estafó doscientos mil dólares, inspector.

—Pero «Spectro» está en la ratonera —replicó, sonriente, Mac Gregor—. Y eso justifica su desembolso, tal y como usted deseaba en su anuncio de los periódicos, señor Rockwell.

—Visto así... es posible que resulte menos penoso todo —jadeó el millonario—. Ahora *solo* falta recuperar once millones de dólares, caballeros.

—Para eso, «Spectro» tendrá que confesar que los fondos entregados a la Asociación de Defensa de Derechos de los Ciudadanos de Color lo fueron previo engaño o estafa a su persona, señor Rockwell. Y, además, deberá decirnos dónde está ese undécimo millón que él obtuvo. Esperemos que confiese, antes de ser procesado o durante el proceso.

—Capitán, ¡es preciso que obtenga esa confesión! —masculló el millonario—. No estoy dispuesto a perder mis millones estúpidamente.

—Tengo entendido que diez de ellos los dio a cambio de un hijo raptado, ¿no? —intervino apaciblemente el inspector Knight.

—Sí. Pero los raptos fueron capturados, y mi hijo devuelto...

—... Precisamente por «Spectro» —sonrió Knight—. En cierto modo, solo pierde el millón de comisión para nuestro hombre.

—Inspector Knight, es mi problema recuperar ese dinero, que es enteramente mío. E insisto en obtenerlo TODO. La labor de ustedes es facilitarme esa recuperación.

—No digo que no se intente, pero... —el policía inglés hizo un gesto expresivo—. Tratándose de ese hombre... dudo mucho que recupere un solo dólar, señor Rockwell. Recuerde que tiene aliados... y medios poderosos de luchar, sea atacando o... defendiéndose. Y no solo va a defender «su» millón, sino el de *esos* hombres que usted desahució de sus tierras...

* * *

La nariz plástica, aguileña, pasó a ser un simple amasijo color carne. Las lentillas cayeron en un cajón, junto con la peluca y otros adminículos.

El hombre pareció distenderse y ensancharse. El encogido, huidizo y torvo Warren Hogan se transformó en un individuo bastante más vigoroso, atlético y bien formado que como le viera Arthur F. Rockwell. Su rostro tampoco guardaba semejanza alguna con el anterior.

—No pudo hacerse nada por él, Vivian. Cayó en el cepo.

La mujer de larga melena platinada, ojos fulgurantes, de un verde con destellos dorados y figura escultural, de brevísimo bikini amarillo sobre la carne bronceada, de largos muslos, firmes caderas y espléndidos senos, contempló a su interlocutor con expresión de disgusto. Las pupilas jaspeadas centellearon, apasionadas. La boca roja, húmeda y carnosa, se frunció en un mohín malhumorado.

—Preso... Es la primera vez que ocurre, Sadko.

—Alguna vez tenía que ser, Vivian —suspiró el hombre joven y vigoroso, que fingiera ser el maduro y huidizo Hogan, del hampa de Los Ángeles. Paseó por la cubierta del lujoso yate anclado frente a la costa californiana, bajo el dorado sol del mediodía—. Ben ha ido más y más lejos. Un día tenía que fallar algo. Y falló.

—Y todo por solo doscientos mil dólares más... —se mordió Vivian el labio inferior, clavando en la jugosa pulpa de su carnosidad los dientes, muy blancos e iguales—. ¡Un dinero que no necesitamos en absoluto, Sadko!

—No era el dinero lo que buscaba esta vez, sino humillar una vez más, con una burla sangrienta, a ese millonario ambicioso e intrigante.

—Pero ahora, Arthur F. Rockwell debe estar riéndose de él gozosamente—. Vivian dejó caer en un asiento elástico su figura escultural, bronceada y exuberante de atractivos—. Nunca debió aceptar el reto. Era su

error.

—Es tarde para lamentarse, Vivian. Lo sucedido ya no hay quien lo cambie.

—Cierto. Tenemos que hacer algo. Y pronto. Él debe salir de la celda lo antes posible.

—He estudiado el lugar desde una azotea cercana. Es el departamento de policía. Lo tienen en los sótanos. Es casi imposible entrar allí. Y totalmente impracticable salir de allí, una vez dentro.

—Para Ben, lo imposible y lo irrealizable no existen —le recordó Vivian.

—Pero para nosotros, sí —replicó con disgusto Sadko.

—Aun así, se intentará.

—Conforme. Tú mandas, Vivian. ¿Qué hemos de hacer?

—De momento, vigilar. Y esperar. Si en veinticuatro horas él no intenta nada... tendremos que actuar nosotros.

—¿En qué forma?

—Por eso hay veinticuatro horas por delante para pensar —susurró ella, tocándose los labios con la puntiaguda uña, manicurada y esmaltada de plateado, con el tono de su cabello, mientras hablaba apaciblemente, la relampagueante mirada fija en el mar, donde se mecía de modo suave el yate—. Deja que piense... y resuelva, Sadko.

—Está bien. Yo también pensaré algo. Ben no puede ser juzgado ni encarcelado.

—No. No puede ocurrirle eso —convino ella secamente, dando así por terminada la conversación.

Sadko se alejó por la cubierta con expresión taciturna. El suntuoso yate, anclado en alta mar, no lejos de las costas, era realmente digno de un multimillonario caprichoso y comodón.

Pero a bordo, en esos momentos, no había nada placentero en sus ocupantes. Porque el propietario de aquella embarcación de lujo estaba en poder de la policía.

«Spectro» parecía haber sido vencido, por primera vez en su existencia aventurera e inquieta a través de medio mundo.

* * *

El sargento Dykers se frotó el mentón, contemplando el cadáver de la mujer, con el perfecto impacto del estilete en su cuello, justo sobre la carótida. Un rojo, violento reguero espesado había brotado desde la herida, empapando su corpiño y su vientre y estómago, ya que el cuerpo femenino estaba en paños menores, tendido sobre el lecho revuelto.

El aire húmedo del día soleado, cerca del mar, agitaba la cortina

estampada suavemente.

Se movió el policía por la alcoba trágica, estudiando cada detalle, mientras los expertos tomaban huellas, recogían indicios posibles y apuraban toda posibilidad de obtener datos o pistas que facilitaran las posteriores investigaciones en torno al crimen.

—Era una hermosa muchacha —comentó entre dientes uno de los agentes, observando el cuerpo semidesnudo de la espléndida pelirroja muerta.

—Y una hermosa pájara —refunfuñó Dykers entre dientes—. Velda Kingsley. Estafadora, ladrona, mujerzuela de postín, e incluso mezclada en tráfico de mujeres a Centroamérica y a Oriente Medio.

—Cielos —silbó otro de los policías, sorprendido—. ¡Vaya un elemento, sargento!

—Así era ella —silabeó Dykers—. El que la sorprendió y liquidó tenía que ser sumamente astuto, la verdad. En otro caso, dudo que hubiera podido eliminar a esta bonita y peligrosa fulana.

Observó la mirada desorbitada, de asombro y terror, de la víctima de aquel sangriento y feroz atentado. Mucho debió asustarle a Velda Kingsley la aparición y ataque de su agresor desconocido. Pero aun así, había sobre la cama, entre las revueltas sábanas de seda lujosa, bordada también de forma suntuosa y cara, la forma negra, pavonada, rígida, de una automática de calibre 22 que, sin duda, no llegó a ser utilizada. Sus cachas de nácar, en la culata, ofrecían a la mirada perspicaz del sargento Dykers la existencia de unas iniciales: «V. K.».

Eso significaba que el arma perteneció a Velda. Era, además, la peculiar pistola que utilizaría una mujer como ella. Solo que esta vez no llegó a manejarla con su previsible eficiencia de mujer de recursos.

—Muy duro tiene que haber sido su enemigo para evitarle, incluso, que pudiera llegar a dispararle —comentó Dykers, inclinándose y olfateando el arma. No captó aroma alguno de pólvora que señalase su utilización probable. Meneó la cabeza, con perplejidad—. Diablo, ¿qué clase de «ajuste de cuentas» habrá sido este?

Mientras los expertos continuaban su labor por la estancia, Dykers seguía revisando posibles detalles que no escaparan a su perspicacia profesional, en torno a aquel extraño crimen, del que era víctima una popular figura del hampa dorada de Los Ángeles, una mujer hermosa, joven, despiadada y sin escrúpulos, de quien se podía esperar más el papel de culpable que el de víctima.

Y, sin embargo...

Sin embargo, ella era el cadáver que yacía allí, ante ellos, en su lujoso departamento de Long Beach, frente al Pacífico. Muerta por algún desconocido criminal, lo bastante astuto y peligroso como para sorprender

a una mujer de su calaña.

—Esta clase de homicidios siempre dan trabajo —comentó para sí Dykers, con expresión ceñuda—. No me gustan, la verdad.

Y ya se disponía a dejar la estancia a los expertos, para completar su trabajo en torno al cadáver, cuando vislumbró aquella pieza de color blanco, asomando bajo el corpiño de la mujer muerta, entre sus pechos.

Le había pasado desapercibida porque parecía un trozo de tejido o un encaje. Pero no era nada de eso. Cuidadosamente, rozando lo menos posible la helada piel de aquel torso de mujer sin vida, Dykers logró aferrar la punta de la pieza, y tiró suave, pero firmemente, de ella.

Salió completa, con un leve crujido.

Era una pieza pequeña, rectangular, de cartulina blanca. Lo que contenía era lo que dilató la sorprendida mirada del sargento.

En un ángulo de la tarjeta se veía una calavera impresa en tinta púrpura. Y en la cartulina, con letra enérgica y decidida, un breve texto: «Es un modo de hacer justicia. Firmado: “Spectro”».

* * *

—¡«Firmado: “Spectro”»! ¿Un crimen vulgar?

—Depende de lo que consideren un crimen vulgar —objetó cuidadosamente Knight.

—¿Qué quiere decir? —Mac Gregor se volvió a él, sorprendido.

—Caballeros, conozco mejor que todos ustedes a «Spectro». Puedo decirles que tiene un modo peculiar y personalísimo de juzgar lo que es legal y lo que no lo es. Si esa mujer era culpable de crímenes y delitos que ningún jurado podía probar, él hubiera actuado así, a no dudarlo. Tal vez fuese, incluso, la causa de su presencia en Estados Unidos.

—¿De modo que «Spectro»... es un vulgar criminal? —terció Dykers, ceñudo.

—Para él no es un crimen matar a un asesino, a un traficante de drogas o a una persona que representa una forma clara de corrupción moral. De todos modos, nunca recurrió a un estilete para matar a un criminal. Ni tampoco creo que hiriese a mujer alguna, pero... Creo que el sexo cuenta poco, cuando una mujer puede ser culpable de actos tan feroces como los que cometería el hombre más desalmado del mundo.

—Velda Kingsley era de esa clase —convino Mac Gregor, pensativo—. Sus delitos eran monstruosos. Solo que era lo bastante inteligente para no dejar nunca un indicio, una prueba o una evidencia, por leve que fuese, de todas sus culpas.

—Es la clase de víctima que elegiría «Spectro», no hay duda —admitió el inspector de Scotland Yard, dando vueltas a la tarjeta de visita entre sus

dedos—. Y el tipo de letra de este mensaje parece el mismo de nuestro hombre... Sargento, ¿cuándo dice el forense que pudo tener lugar la muerte de esa mujer?

—Ayer, a primera hora de la tarde. Todo lo máximo, a las cuatro y media. Pero quizá entre una y tres... La autopsia será más concreta.

—Ya. Y la captura de «Spectro» tuvo lugar justamente a... las dos de la tarde. Caballeros, él pudo cometer ese crimen e ir luego a la finca de Rockwell. Creo que se impone una conversación fuera de programa con su detenido...

—No veo inconveniente —aceptó Mac Gregor—. Pero su extradición creo que va a tropezar con graves dificultades sí, como parece, «Spectro» es culpable de ese crimen en territorio norteamericano, inspector Knight.

—Sí —suspiró el policía inglés—. Me temo que sí...

En ese momento entró un agente de uniforme con un despacho escrito en el télex. Lo puso ante Mac Gregor, saludando respetuoso. El policía echó una ojeada al texto. Pegó un respingo en su asiento.

—¡Cielos! —aulló, tendiendo el papel a Sidney Knight, de Scotland Yard—. ¡Vea eso, inspector!

El hombre de Londres tomó el papel del télex, leyendo su mensaje enviado a distancia. Era doble, y tenía también doble procedencia: Londres y Lisboa, exactamente.

«Hallado cadáver Desmond Rohmer, conocido asesino a sueldo de un sindicato internacional del crimen, sin pruebas para su procesamiento. Con tarjeta firmada por “Spectro”. Crimen cometido por estrangulación hace tres fechas. Superintendente Blake, de New Scotland Yard. Londres, Gran Bretaña».

«Identificado cuerpo Joao Silveira, delincuente peligroso, sospechoso de tráfico de drogas y trata de blancas con Oriente Medio. Fue asesinado a tiros. Tarjeta con su cadáver, firmada por “Spectro”. Comisario Galvao, Lisboa, Portugal».

—Tres crímenes... y todos *pudo* cometerlos «Spectro», viajando entre Europa y América en estas fechas... —susurró Mac Gregor, impresionado. Se puso en pie con decisión—. Caballeros, vamos a ver a ese hombre. ¡Es preciso interrogar a «Spectro» sobre estos tres crímenes!

Knight y Dykers asintieron, mirándose entre sí, con perplejidad e inquietud.

—Nunca ha llegado tan lejos ese hombre —susurró el inspector londinense—. Me pregunto qué está sucediendo...

Descendieron a los sótanos del departamento central de policía. Numerosos agentes armados patrullaban ante las sólidas verjas de acceso al interior de las celdas. Fueron salvando las diferentes barreras, con el

capitán al frente, mostrando siempre sus identificaciones, hasta pararse ante la celda donde se hallaba encerrado «Spectro» en persona.

—¿Todo en orden, agente? —preguntó secamente el capitán al funcionario de policía encargado de la vigilancia del preso.

—Todo, señor. He relevado al agente Turner hace dos horas. Tampoco él tuvo novedad. El preso no protesta, ni pide nada. No ha causado problemas.

Knight arrugó el ceño. Su comentario sobresaltó a Mac Gregor:

—Él nunca parece crear problemas... ¡y es un puro problema viviente, maldito sea!

—Está bien —habló con autoridad Mac Gregor—. Abra la celda. Haga salir al preso. Vamos a proceder a un interrogatorio.

—Sí, capitán —afirmó el funcionario, abriendo la celda, mientras dos agentes apuntaban a la plancha de metal con sus metralletas, a la espera de la salida del peligroso cautivo.

Se abrieron cerrojo y cerraduras. Chascó la puerta, chirriando al abrirse. El interior aparecía en penumbras, Una bombilla alta daba su luz sobre un cuerpo tendido bajo una manta, en el camastro.

—¡Eh, tú, sal de ahí! —masculló el celador—. Vas a ser interrogado.

El hombre de la cama en la celda no se movió ni replicó. Mac Gregor puso gesto hosco.

—Vaya a por él —ordenó, tajante—. Adopte precauciones, pero tráigalo. A la fuerza, si es preciso.

—Sí, señor —tomó a un policía, y entraron ambos en la celda, decididos. Se inclinaron sobre la litera, insistiendo, con voz potente—: ¡Vamos, «Spectro», fantasmón! ¡No va a servirte de nada fingir que duermes! ¡Levántate, idiota! Si te pones obstinado, será peor...

El hombre tendido en la litera siguió sin moverse, totalmente cubierto por la manta. En el umbral, dos agentes apuntaban a él con sus armas automáticas. Dentro de la celda, dos revólveres reglamentarios se hincaban en la manta. Debajo hubo un ronco gruñido.

Malhumorado, el agente tiró de la manta, se inclinó, y aferró al durmiente, incorporándolo. Un grito agudo se escapó de sus labios.

—¡Santo cielo! ¡No es el preso! ¡No es «Spectro»!

—¿Qué? —aulló Mac Gregor, lívido, precipitándose dentro de la celda.

Y pudo ver, como todos los demás, que el cuerpo oculto por la manta, dentro de la hermética celda, era el de un hombre a quién todos conocían bien: ¡el agente Turner, relevado dos horas antes!

El agente Turner, bien ligado y amordazado... y en paños menores.

Y con una tarjetita entre las cuerdas. Su texto era obvio: «Firmado: “Spectro”».

Capítulo IV

«SPECTRO» SE EVAPORA

—¡Se evapora, sí! —aulló Mac Gregor, descompuesto—. ¡Solo así se puede salir de una celda cerrada, vigilada, rodeada estrechamente por mis hombres!

—Cálmese, capitán —le interrumpió, con fría calma, el inspector Knight—. Deje que el agente Turner se explique, una vez recuperado...

Habían puesto a Turner la camisa y el pantalón del preso, encontrados bajo el lecho, en un confuso montón con otras prendas. La fina, pero fortísima, cuerda de seda que ataba al policía, y su mordaza, igualmente de seda negra, habían sido ya arrancadas del cautivo. Este, pálido y jadeante, tomaba un sorbo de *whisky* para recuperar el aliento y la serenidad. Al fin, bajo el crudo destello de la luz colgada del techo, en la antecámara de la celda especialmente dispuesta para «Spectro», y que ahora era minuciosamente revisada y recorrida por los agentes y los técnicos de huellas, logró mascullar con voz ronca unas pocas palabras:

—Infiernos, creí que me ahogaba allí dentro, bajo esa tela...

—No, no le hubiera ocurrido nada, aun siguiendo allí varias horas —silabeó Mac Gregor—. Ese truhan no quiso complicarse matando a un policía. Pero por todos los diablos, Turner, ¿cómo pudo suceder esto? ¿Cómo le relevó a usted el agente Baxter?

—¿Baxter? —pestañeó Turner, perplejo. Sus redondos ojos azules miraron con estupor al capitán—. Pero, señor, si yo nunca fui relevado por nadie... Estaba de servicio cuando me pidió ese pillo un calmante. Se quejaba de fuertes dolores... Entré para atenderle. Afuera me esperaban mis hombres... No sé lo que pudo suceder, pero de repente algo estalló sobre mi cabeza y...

—Y usted pasó a esa litera, mientras «Spectro» se evaporaba —masculló con ira Knight—. Es decir, «Spectro» ya le había copiado a usted sus facciones, y le bastó quitarle rápidamente su guerrera, su pantalón y zapatos, su gorra... y salió de ahí como el agente Turnee, informando de la ausencia de novedades a Baxter, y marchándose tranquilamente de aquí... ¡como si fuese realmente un policía y no el preso en persona!

—Pero... pero eso no pudo suceder —alegó Mac Gregor, mordiéndose el labio con furia—. Piense que necesitaba tener consigo un cordón de seda, un pañuelo... y todo lo demás: maquillaje, peluca... ¡Es *imposible* hacer todo eso dentro de la celda, una vez registrado minuciosamente!

—Capitán, él sabe cómo se registra en las prisiones. Y este no es un establecimiento penitenciario, sino solamente el departamento de policía. Bastaba con tener seguro al preso. Y todas las medidas parecían bien tomadas. ¿Cree que las ropas de ese diablo son normales? ¿Supone que no pueden resistir un registro normal? Fuimos unos necios no quitándole todo de encima y sometiéndole a él a rayos X. Es capaz de llevar algo en su cuerpo, ingerido antes de una de sus «hazañas», para luego expulsarlo y utilizarlo en su beneficio. O de mil trucos más, como ropas trucadas, acaso su propio cabello natural... si es que era natural. Lo confieso: hemos sido muy torpes hasta el momento. Al tenerlo en nuestro poder pensamos que era suficiente con eso. ¡Y se nos ha escurrido de entre las manos, cuando más seguro creíamos tenerlo!

—Al diablo con eso, inspector. Ni usted pudo prever este fracaso, de modo que empiezo a pensar que ese tipo es una especie de mago, un taumaturgo increíble... capaz de volatilizarse en el aire.

—Nadie es realmente capaz de eso —rechazó Dykers—. Opino como el inspector. Los trucos y recursos de ese diablo son infinitos. Ahora vamos a ser el hazmerreír de todo el país...

—Y de todo el mundo, mí querido colega —se quejó amargamente Knight.

—¿Puedo... puedo ir a la enfermería, señor? —rogó el agente Turner—. No acabo de encontrarme bien...

—Claro. Es natural lo que le sucede. Vaya, y vuelva en cuanto se encuentre mejor, Turner —aprobó el capitán, dándole un pase especial—. Ah, antes imprima sus huellas ahí. Es un trámite ridículo, lo sé. Pero le haría pasar por él hasta al mismísimo presidente de Estados Unidos. Ya no me fío de nadie, compéndalo.

—Claro, señor —convino el policía, con una expresión cansada—. No tiene que justificarse conmigo. Entiendo lo que sentirá...

Imprimió rutinariamente sus huellas en una cartulina que el agente de servicio comprobó en el cajón de archivo con las del agente Turner. Afirmó con la cabeza, mostrando ambas fichas al capitán Mac Gregor.

—Conforme —dijo este—. Vaya ya, Turner. Y que se mejore.

El agente salió con paso lento y torpe, camino de la enfermería del departamento de policía, mientras continuaba el examen de la celda. Las verjas se iban abriendo y cerrando a su paso, pero siempre a la vista del permiso firmado por Mac Gregor. Ya nadie se fiaba allí de nadie, bajo el techo del departamento.

—Y ahora... ¿dónde estará el maldito «Spectro»? —se preguntó Dykers, sombrío.

—Salió de aquí como si fuese Turner. Hace de ello dos horas —jadeó el capitán—. ¡Cualquiera sabe lo que hizo en este tiempo y adónde fue!

Ahora tendrá el aspecto de un chino, de un negro o de una mujer rubia, vaya usted a saber. Hemos sido burlados sangrientamente.

—Toda la culpa ha sido de su agente, capitán, y no se enfade por mi observación —dijo el inspector Knight—. Nunca debió caer en una trampa tan sencilla: dolores, un calmante... Oh, me han defraudado ustedes esta vez.

—Yo no hubiera hecho tal cosa —refunfuñó Baxter, con ira—. Y eso no es reprochar nada a mi compañero, pero Turner siempre ha sido muy desconfiado, muy poco crédulo. No hay duda de que ese granuja es persuasivo, pero hasta el punto de engañarle así, tan ingenuamente...

—¿De modo que Turner es desconfiado y cayó en la trampa? —Sidney Knight enarcó las cejas—. No lo entiendo, a menos que fuese hipnotizado, como Rockwell.

—Para eso hubiera tenido que abrir la mirilla de la puerta —objetó Baxter—. Y a la vista de sus antecedentes, se nos señaló que bajo pretexto alguno conversáramos con él con esa mirilla abierta.

—Un momento —cortó Knight de pronto, con gesto agrio—. Si no abrían la mirilla, ¿cómo iban a abrir la puerta de la celda al menor pretexto? Además, aun yendo muy deprisa, «Spectro» necesitó de, al menos, unos dos minutos para desvestir a Turner, atarle y amordazarle, y vestirse luego él.

—Eso es cierto —admitió Dykers, ceñudo—. Los demás agentes debieron recelar algo, a menos que él fingiera desde dentro la voz de Turner, y entablase un diálogo convincente...

—Por favor, capitán —pidió a Mac Gregor el policía inglés, con una rara, repentina palidez—. ¿Quiere llamar a su hombre, al agente Turner, otra vez? Que deje para después la enfermería y venga enseguida. Quiero hacerle unas preguntas.

—Bien —se extrañó Mac Gregor—. Un momento, inspector...

Alzó el teléfono interior y marcó un número, pulsando unas teclas numeradas. Establecida la comunicación, habló con decisión:

—¿Doctor Lark? Sí, soy Mac Gregor, desde los calabozos. Diga inmediatamente al agente Turner que deje todo tratamiento y se vuelva enseguida. Es urgente. Luego podrá medicarse debidamente... ¿Cómo, doctor? ¿Qué aún no ha ido Turner ahí? Es raro. Ya debería estar en la enfermería...

Asombrado, observó que Knight pegaba un salto y gritaba a los demás policías:

—¡Pronto, busquen a Turner por todas partes y *enseguida!*

—¿Qué mosca le ha picado ahora, inspector? —se irritó Mac Gregor, encarándose con él—. Yo soy aquí quien da órdenes...

—¿Es que no lo entiende? —masculló el policía inglés.

—No entiendo... ¿qué? —le exigió el oficial de Los Ángeles, perplejo.

En ese momento, la reja se abrió. Todos giraron la cabeza. Knight corrió hacia el recién llegado, a quién aferró por un brazo.

—¡Agente Turner! —exclamó, revelando sorpresa e indecisión—. ¿Vuelve usted? El capitán le requería con urgencia. Creímos que estaría en la enfermería...

—¿Enfermería? —el agente Turner enarcó las cejas, sin entender nada en apariencia—. ¿Por qué había de ir yo a la enfermería?

—¡Turner! —tronó Mac Gregor, de mal humor—. ¿Pretende burlarse de nosotros ahora? ¿No acaba de pedimos permiso para ir a la enfermería, tras ser hallado ahí dentro, medio asfixiado bajo la manta?

—¿Ahí dentro? —Turner miró atónito hacia la celda abierta—. Pero, capitán, ¿qué sucede? Yo dejé mi puesto a mí compañero Baxter, sin novedad. Eh, Baxter, tú puedes confirmarlo. Hace dos horas que me fui a casa y te dejé a ti aquí... ¿Qué es lo que ocurre? He vuelto a por unas cosas que olvidé en mi armario antes, y...

—¡Turner! —aulló Knight, lívido—. ¡El *otro* Turner, el que estaba atado en la celda! ¡Mac Gregor... *él era «Spectro»!*

Tras un momento de inmenso estupor, Mac Gregor reaccionó tardíamente, poniendo en conmoción todo el departamento de policía. Pero ya no se halló ni rastro del «otro» agente Turner, el que apareciera dentro de la celda, como víctima de la fuga de «Spectro».

* * *

Se echó a reír suavemente, reclinándose en el cómodo asiento de la cubierta del yate.

En sus manos, el diario mostraba los enormes titulares a toda plana: «¡“Spectro” se evade! La policía de Los Ángeles, burlada».

Luego, su gesto se endureció algo al leer el segundo titular: «“Spectro”, reclamado en tres países por asesinato. Crímenes en Londres, Lisboa y Los Ángeles firmados por “Spectro”. Sangriento ajuste de cuentas del delincuente internacional de identidad desconocida».

—Tres asesinatos... —murmuró entre dientes, dejando caer el periódico junto a otros que, más o menos, venían a decir lo mismo—. Lisboa, Londres, Los Ángeles... Joao Silveira, Desmond Rohmer y Velda Kingsley... Tres gusanos aplastados.

—¿Bajo tu pie, querido? —musitó una voz susurrante junto a su oído.

Unos brazos de seda bronceada le rodearon. Una boca jugosa como pulpa de fruta roja le aplastó sus labios, en un beso candente.

El hombre tendido en la cubierta del lujoso yate devolvió las caricias a la mujer. Al separarse, la miró dulcemente.

—Vivian... —dijo con voz grave, profunda. Unos ojos extraños, dorados, chispearon a la luz del sol. No eran las verdes pupilas del hombre capturado, ni las azules del falso Turner, ni las grises del fingido Mac Gregor en casa de Rockwell. Eran otros ojos, duros y luminosos, sagaces e inteligentes. Era otro rostro, más juvenil y deportivo que nunca.

—Mi amor, te pregunté si tú aplastaste a los gusanos —insistió ella.

—Ahí está lo raro —meneó la cabeza, de cabellos dorado oscuro, rebeldes y crespos, con un aire enérgico, contundente—. No, no lo hice yo.

—Nadie te creará.

—Eso pienso —la estudió, risueño—. ¿Y tú?

—Yo te creo siempre. Si fueses el que mató a esos rufianes, lo aceptarías.

—No he asesinado nunca a nadie. Estilete, pistola, estrangulamiento... Demasiados métodos brutales y fríos. Eso no es hacer justicia. Es asesinar.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No logro imaginarlo.

—¿Por qué tu tarjeta, tu firma?...

—Tampoco lo veo claro. Es evidente que alguien desea echarme las culpas a mí. La policía lo aceptará a pies juntillas.

—¿Cambiará eso las cosas?

—Nunca se sabe. Muchas veces, la simpatía popular ayuda a escurrirse del peligro. Un presunto culpable de tres asesinatos, aunque las víctimas sean indeseables, pierde esa simpatía fácilmente. No, no me gusta la cosa. Ni me gusta que utilizaran tarjetas mías.

—Se han publicado fotografías de otras en los periódicos. Cualquiera pudo hacer imprimir unas similares a las reproducidas. Eso no es una evidencia.

—Tal vez no. Pero sí lo es que los tres asesinados sean delincuentes internacionales. No habría jurado que dudase de mi culpabilidad, en un proceso.

—¿Te preocupan ahora los procesos y los jurados? ¿Nada menos que a «Spectro» le puede preocupar tal cosa? —dudó Vivian, sorprendida.

—Me refería a hechos concretos. La gente aceptará que yo cometí esos crímenes. Es ponerme en dificultades, Vivian. No me gusta que se burlen de mí y me cuelguen algo que no hice. Me irrita.

—¿Se puede hacer algo, en tal caso? —dudó Vivian, enarcando sus cejas rubias bajo la platinada, larga cabellera.

—Sí. Se puede hacer —afirmó el hombre joven, atlético, musculoso y viril, de mirada astuta y profunda—. Y lo haré enseguida...

«No soy culpable y pienso probarlo. Firmado: “Spectro”».

Eso era todo. Pero la tarjeta de visita se reprodujo en todas las ediciones vespertinas de Los Ángeles. Cada una de ellas había sido enviada, por separado, al director del periódico con ruego de reproducción.

Algunos comentaristas mostraban su escepticismo al respecto. Otros indagaban, en un editorial inmediato a la fotografía de aquella tarjeta: «¿Será cierta la protesta de “Spectro”? ¿Descubrirá al verdadero asesino?»

En el programa televisado de aquella noche, el capitán Mac Gregor expuso ante los telespectadores sus dudas formales ante aquella negativa. Para él no había alternativa: estaban en pos de un delincuente peligroso, que había creído poder juzgar y ejecutar a los demás sin respeto a la sociedad, la ley y la justicia.

Ben asistió a la retransmisión del programa, en su cabina de mando del lujoso yate, mientras saboreaba una exquisita cena, compuesta de ostras, caviar, langosta a la parrilla, envuelta en dorada mantequilla y rociada con los mejores vinos blancos europeos. Un menú exquisito, propio de *gourmets*. El parecía serlo, pese a que su atención se hallaba dividida entre los manjares y la televisión. El programa de esta lograba agriarle un poco el placer de su cena.

Al final, mientras consumía el café bien cargado y sin azúcar, se echó atrás, fumando un cigarrillo especial, elaborado por una firma británica para particulares, por encargo personal, con boquilla plateada y aromático tabaco dorado.

—Bien, Vivian —murmuró, acariciando los plateados cabellos de su joven amiga—. Sadko, tú y yo hemos de planear nuestro inmediato trabajo.

—¿Los Ángeles? —indagó ella.

—No. Vosotros permaneceréis aquí hasta pasado mañana. Entonces tú partirás hacia Lisboa. Nos reuniremos allí. Sadko se quedará en California.

—¿Y tú... vas a Londres?

—Exacto —afirmó el joven llamado Ben, entornando sus ojos reflexivos, profundos e inteligentes—. Yo voy a Londres.

—¿Con qué personalidad?

—No sé aún. Posiblemente como alguien relacionado con la política internacional. Los políticos siempre viajan mucho, y no despiertan sospechas en nadie. Tú serás, de nuevo, la directora de la firma de cosméticos Vivian Gold. Eso tampoco despierta recelos.

—Ben, a veces me presunto sí... —se detuvo, vacilante, bajando sus párpados. Las doradas pestañas nublaron la belleza de sus ojos exóticos.

—¿Sí? —insistió él—. ¿Qué te preguntas, querida?

—No, nada —rechazó ella de pronto.

—Te preguntas si no sería mejor descansar, con la fortuna amasada a costa de los demás —rio entre dientes el joven. Meneó la cabeza, risueño

—. No, Vivian querida. Sería una labor incompleta la mía. No tiene alicientes hundirse en una vida tranquila, cargado de millones. Es lo que acostumbran a hacer todos aquellos a quienes hemos aligerado en parte de sus pesadas cuentas corrientes. ¿Me imaginas aburguesado y aburrido, como cualquier hombre de negocios en un fin de semana? Sería horrible, Vivian.

—Tu vida es un puro riesgo. Estuviste a punto de perderlo todo, cuando te arrestaron.

—Oh, ese es un riesgo siempre previsible. La prueba es que me escabullí en sus propias narices, burlando a todos ellos. Creo que es una broma que no me perdonarán jamás.

—La próxima vez, Ben, no te será fácil llevar un segundo traje de tejido tan sutil, mezclado con el tuyo, y copiando el uniforme de la policía. Te despojarán de todo.

—Lo supongo —rio él—. Ya estoy planeando un nuevo truco, por si eso sucede. Mis huellas dactilares fueron todo un éxito. Cuando Turner me encerró, le hice apoyar su mano en un barrote de mi litera, sin que él siquiera lo advirtiese. Obtuve así sus huellas, y las copié, inyectándolas en el injerto plástico de yemas de dedo que he inventado... Un examen minucioso hubiera revelado el truco, pero un simple examen rutinario no podía mostrar las diferencias sutiles entre una piel humana y una sobrecubierta plastificada, injertada en la propia epidermis de mis dedos... Siempre hay un truco nuevo, querida, cuando uno se esfuerza en pensar, en agudizar la mente y la imaginación. Eso forma parte de nuestro trabajo, bien lo sabes.

—Lo único que sé es que se puede burlar a la ley de tantos países una, dos, cien veces. Pero llega la ciento una... y todo se derrumba de súbito. Entonces, nada tiene ya remedio. «Spectro» es un genio de la evasión, de la ficción, del engaño, del truco, de los recursos, de los golpes espectaculares... pero un día puede romperse su buena racha. ¿Qué sucedería entonces, cariño? No me importa perder para siempre a «Spectro», pero sí me importa, y mucho, quedarme sin Benjamín Spen...

—Calla —sonrió él, cubriendo su boca con los labios. La besó. Al apartarse, concluyó—: Nada de nombres. Yo soy solo Ben, para ti. Y «Spectro», para los demás. Es todo, cariño.

—Sí... —susurró ella, tristemente—. Es todo...

Golpearon suavemente en la puerta, rompiendo la pausa incómoda que siguió a eso. Ben dio autorización a que entrasen. Su fiel colaborador, Sadko, entró en la cabina.

—Ben, hay novedades —dijo.

—¿De veras? ¿Cuáles son? —indagó vivamente él.

Sadko le tendió algo. Era un fragmento de papel del télex. A bordo

había uno, sin registrar en país alguno Podía recibir mensajes directos, o interferir las líneas regulares de télex sin ser detectada por servicio oficial alguno.

Ben tomó el mensaje. Era una noticia dirigida a diversos periódicos de Los Ángeles. Sorprendido, la leyó, el hombre a quién todo el mundo conocía como «Spectro», aunque no bajo su real apariencia física, libre de pelucas ingeniosas, de cabellos adheridos por procedimientos químicos revolucionarios, carente de postizos plásticos, de adherencias que parecían pura carne humana, sin lentillas de contacto sutiles, de diversos colores, sin nada que alterase su figura de atleta, capaz de contorsionarse hasta parecer encorvado, pequeño o contrahecho, como cualquier artista circense.

Leyó aquel mensaje, y automáticamente se puso en guardia, sabiendo que nuevos riesgos e incertidumbres surgían ante él:

«Rogamos publiquen destacado anuncio de solicitud de los servicios de “Spectro” para descubrir asesino de Velda Kingsley, Desmond Rohmer y Joao Silveira. Garantizamos un millón de dólares por servicio cumplido. Sabemos que él puede ser inocente. Pero deberá probarlo y darnos identidad culpables.

«Sindicato Internacional del Crimen».

Era un mensaje insólito para el más insólito de los destinatarios.

Pero Ben, alias «Spectro», no pareció sorprenderse.

Capítulo V

«SPECTRO» Y EL CRIMEN INTERNACIONAL

—¿El Crimen Internacional?

—Exacto, capitán Mac Gregor —Knight golpeó el diario con energía—. Es el mensaje más cínico e increíble que jamás he leído. Debieran haber prohibido su publicación.

—Este es un país libre, inspector. Si los directores de algunos periódicos ingleses se hubieran obstinado en publicar ese anuncio, al recibir el giro correspondiente a su inserción, ¿lo hubiera podido impedir Scotland Yard?

—No —torció el gesto el policía británico—. Sospecho que no, capitán. Perdone, pero me ha sorprendido la audacia de esa gente...

—A nosotros también. Una organización criminal supranacional publicando anuncios como una empresa vulgar... Es evidente que todo lo que toca «Spectro» se vuelve extraño y disparatado. Ese hombre, diablo o lo que sea, tiene la virtud de transformar la vulgaridad en pura fantasía delirante.

—El mensaje es fascinante por un lado, capitán —señaló el inspector Knight—. Vea: parece dudar de la inocencia de «Spectro», pero dándole un margen de confianza. Le ofrece una suma formidable por una investigación. Será el detective privado mejor pagado del mundo, si acepta ese encargo increíble. Pero si fracasa o si no, logra probar que es ajeno a esos tres homicidios... el Sindicato Internacional del Crimen, que es algo infinitamente más poderoso que la misma Mafia, creo que «Spectro» se habrá encontrado con la horma de su zapato. Serán capaces de asesinarle sin la menor vacilación. Y encontrarán el modo de hacerlo, no lo duden.

—¿Qué sabe usted sobre esa organización, inspector? —terció una persona presente en la reunión que tenía lugar en el departamento central de policía de Los Ángeles.

—Lo suficiente para comprender que «Spectro» tendrá frente a sí a un cliente generoso, que cumplirá su palabra al pie de la letra, si son otros los responsables... o a un adversario despiadado y cruel, dueño de recursos formidables y de asesinos astutos, que tejerán una tela de araña en torno a «Spectro», sea él quien sea. A esos no podrá burlarlos fácilmente, si las cosas salen mal.

—No me refería a eso —cortó el personaje—. ¿Qué es exactamente el llamado Sindicato Internacional del Crimen?

—El Murder International Syndicate, o MIS, como se le conoce por sus siglas, señor Cavanaugh, sabrá usted bien, como miembro del FBI que es, que es el nombre que corresponde a una supraorganización vasta y poderosa, extendida por todo el mundo, con sede en Europa, aunque ignorándose su país exacto, y menos aún su ciudad central, cuyos tentáculos llegan hasta el más remoto confín. Los narcóticos en gran escala, la trata de blancas, el crimen organizado, los secretos políticos y militares, el alto espionaje y los secretos científicos o bélicos son sus principales especialidades. Se supone que tienen agentes en la URSS, en China, en Estados Unidos, en África, en Australia y en cualquier lugar habitado del mundo. Su cabeza suprema es una incógnita total. Para su Consejo de Administración ha de estar formado por gente fabulosamente rica, para aportar fondos a esa entidad supercriminal.

—Todo eso es, más o menos, lo que sabemos nosotros y la CIA respecto a esa organización —convino el inspector Cavanaugh, de Asuntos Internacionales de la Oficina Federal—. Pero imaginamos que el *Intelligence Service* o Scotland Yard podrían ayudarnos con más datos.

—Sabemos todos muy poco —suspiró Knight—. Interpol es impotente para enfrentarse a ese poderío del crimen mundial. De modo que no creo que el propio «Spectro», pese a sus recursos, pueda darle jaque mate a semejante tinglado secreto.

—Pero ellos recurren a «Spectro» para descubrir la verdad respecto a sus miembros asesinados.

—Es un arma de dos filos. Puede ser un éxito para «Spectro»... o una trampa mortal. Depende de que sea inocente o culpable. Y también, por supuesto, de que pueda demostrarlo al fin de su camino.

—Si es culpable, no responderá a la oferta —señaló Mac Gregor, ceñudo.

—Tal vez. Pero es audaz. Y le gusta burlarse de todos. Bien sabemos eso, por desgracia —comentó Knight con amargura—. Un millón de dólares es un bocado apetitoso. Y la idea de burlar al Sindicato Internacional ha de resultar, sin duda, una tentación para su carácter agudo, burlón y deportivo. Correrá el riesgo, o no conozco en absoluto a «Spectro». Si es culpable, para aceptar el oculto reto qué supone ese mensaje del sindicato. Si es inocente, para tratar de ganar ese millón... o de robarlo, si es que no persigue el objetivo desquiciado de sacar aún mayor tajada, estafando ingeniosamente a tan peligrosos enemigos.

—Suponiendo todo eso, ¿dónde podríamos entrar nosotros, bien para cazar definitivamente a «Spectro»... o para desarticular al sindicato? —indagó Cavanaugh, curioso.

—Eso, caballeros, lo veo muy problemático —habló el inglés—. Desarticular al sindicato es tarea de titanes. Solo cortando su cabeza

tendríamos rotos sus tentáculos, pero llegar a ella está por encima de nuestras posibilidades reales. En cuanto a dar caza a «Spectro»... será difícil, si esos criminales internacionales resuelven obstinadamente hacerle pieza suya.

—De todos modos, hay que intentarlo —señaló Mac Gregor, enfático.

—Sí —suspiró Sidney Knight, filosóficamente—. Eso sí. Hay que intentarlo, cuando menos... Y se intentará. De momento, o mucho me equivoco en este instante... o nuestro hombre se halla ya en Europa a estas horas...

* * *

Sí. Se hallaba en Europa, exactamente.

En el propio Londres.

Había llegado allí en el vuelo regular de la TWA, como el político norteamericano Francis Treadwell, dirigente del llamado Nuevo Partido de Libre Asociación Social de Estados Unidos. Un oscuro partido que difícilmente hubiera podido ser hallado en todo el país, si alguien se hubiera molestado realmente en ello. Pero el aspecto del viajero que realizaba el vuelo Nueva York-Londres, tras haber hecho el vuelo Los Ángeles-Nueva York como el reverendo Paul Kelly, de la Nueva Iglesia Bíblica, tenía todo el aspecto sonriente y estereotipado del típico político yanqui.

Difícilmente, quien hubiera visto entrar en los lavabos del aeropuerto internacional de Croydon al político norteamericano, sonriente y de gruesas gafas y pelo canoso, exultante de optimismo y seguridad en sí mismo, le hubiera podido relacionar con el severo, enlutado caballero del bombín y el paraguas que abandonaba poco después esos lavabos, llevando un maletín anticuado, de negra piel, en vez del maletín moderno, marrón claro, del político americano.

Aquel caballero pálido, enjuto, de barbita recortada y cabello totalmente negro, tomó un tradicional «Rolls Royce» aparcado cerca del aeropuerto, y condujo hasta un cercano aeródromo deportivo, el Croydon Aeroclub de Inglaterra.

—Bienvenido, lord Durham —le saludaron respetuosamente en el aeroclub los empleados, inclinándose a su paso.

El noble inglés, con afable sonrisa, iba repartiendo saludos y propinas, hasta llegar a su avioneta privada, que se dispuso a pilotar él mismo.

Momentos más tarde sobrevolaba la región, dirigiéndose hacia un punto en el interior de Inglaterra, a no mucha distancia de los límites de Londres.

Allí tomó tierra en un amplio terreno destinado a jugar al golf y a conservar un cuidado césped, durante acres y acres de acotada zona. Era su

propiedad privada, evidentemente, con una señorial mansión en su centro.

La vivienda de lord Durham.

En realidad, el santuario secreto de «Spectro». O uno de sus santuarios en Europa, el más entrañable para él.

Parecía ser una época en que la mansión estaba cerrada y abandonada, porque no había servicio en ella. Pero se hallaba limpia y cuidada cuando lord Durham entró en ella, cerrando cuidadosamente tras de sí. Luego, se encaminó al sótano, donde bastó presionar un muro en determinado lugar, durante tres veces, para que girase la pared, mostrando un recinto destinado a amplias instalaciones electrónicas. Computadoras, télex, grabadoras, pantallas de televisión y un poderoso emisor-receptor de radio fabricado expresamente para él, cuya principal virtud consistía en emitir de tal modo que la estación de origen de esas emisiones se diluía para el más poderoso sistema de detección y control de emisoras, imposibilitando su localización por completo.

Era la obra de un auténtico experto en electrónica dotado de facultades para burlar a toda clase de posibles adversarios. Un sistema expansivo de ondas de radio en diversas frecuencias y sintonías distorsionaba la emisión, imposibilitando su localización y dando al menos una docena de puntos muy diferentes al auténtico, como lugar de origen de toda transmisión.

Lord Durham se sentó cómodamente ante el aparato emisor-receptor. Tomó un ejemplar del *Times* de aquel día. Lo comparó con el del *New York Herald Tribune* que adquiriese horas antes en el aeropuerto Kennedy, de Nueva York.

Ambos tenían algo en común en su página de publicidad, recuadrado en la columna de «Anuncios Varios». Bajo las siglas SP, un texto breve: «FW. 112-38, 15-622. 18-9,30 S».

Sonrió. Era fácil la traducción del misterioso texto para él. Lo había esperado en todo momento, conociendo los procedimientos habituales del Sindicato Internacional. Un simple anuncio en toda la prensa europea y americana. El mismo mensaje: las letras FW significaban «Onda Pesquera»². Las cifras siguientes, las frecuencias, sintonía y datos técnicos de localización de emisora. Las cifras finales, el día y hora: 18-9,30.

Era día dieciocho. Había que esperar a las nueve treinta en punto. La letra S era la firma: *Syndicate*. La organización le había transmitido su mensaje inicial para establecer contacto. El inicio, con «SP», era obvio: su apodo, «Spectro», abreviado.

Sonrió. Tal vez esperaban localizar el origen de su llamada, para iniciar la tela de araña, previsible en torno a él. Lord Durham, alias «Spectro», no tenía la menor duda sobre las intenciones sutiles del sindicato mundial dedicado al crimen organizado. Eran dos bandos de granujas, jugando de pillo a pillo. Pero el sindicato era el más fuerte. Sus recursos eran

ilimitados. Sus métodos, tajantes y precisos. Sabían lo que se hacían. Y sabían lo que se hacía un hombre como «Spectro».

Quizá por eso no caerían en la ingenuidad de creerse que una llamada de «Spectro» revelaría cosa alguna. No. Ellos buscarían por otros medios. De un modo u otro, él debía ir a su propio terreno, si quería ganar aquel millón tentador. Y probar su inocencia, de paso, que era cosa importante, habida cuenta de la evidente duda del sindicato respecto a su papel en los tres crímenes.

Pero él sabía que «algo» le acechaba desde que llegó el mensaje de la organización. Era una amenaza latente e invisible. Por primera vez, «Spectro» no se sentía seguro. Era mala cosa verse bajo un microscopio, manipulado por los supercriminales del sindicato.

Encendió un cigarrillo y se sirvió café de una máquina automática, inmediata a la emisora y receptora de radio, tras ajustar las cifras exactas allí señaladas. También había emparedados, pero no sentía apetito. Fumó en silencio, saboreando el café. Y siguió esperando hasta las nueve treinta en punto.

Entonces conectó la radio. Brillaron los indicadores ante él. Oscilaron las agujas en las esferas graduadas. En el altavoz emergieron zumbidos y parásitos que, paulatinamente, fueron borrados por los selectores automáticos de la instalación.

Finalmente, una voz limpia, precisa, distante, empezó a repercutir en el auricular:

—S llamando a SP. S llamando a SP... Responda, SP, si capta llamada...

Lord Durham se inclinó. Su rostro de aristócrata típicamente británico tuvo un destello de cierta ironía en sus ojos, cubiertos por las lentillas azul oscuras. Manipuló, haciendo el cambio para responder:

—SP responde a S... SP responde a S... Informe si llega bien la voz. Informe, S...

—S a la escucha. SP, S a la escucha. Recepción perfecta.

—Bien, S. Adelante —invitó él fríamente—. Escucho mensaje. Que sea breve.

—SP, escuche mensaje. Muy breve —respondió la voz lejana—. Confirme luego recepción exacta, repitiendo texto lentamente. Empiezo, SP...

Con su mano zurda, pese a que una grabadora automática iba recogiendo toda aquella charla a través de las ondas de radio, comenzó a escribir taquigráficamente en papel las palabras que iba desgranando el receptor de radio ante él:

—SP debe establecer contacto a su gusto. No será molestado. Tiene palabra formal del sindicato. Establezca contacto con Columna Dos, ciento

once, línea ocho, en Londres. Y con Columna Dos, doscientos cuatro, línea treinta y uno, en Lisboa. Repita texto.

Lo repitió minuciosamente. La voz añadió:

—Correcta recepción. También debe establecer contacto, caso de emergencia, con Columna Uno, tres, línea veintiocho. En París. Repita datos también seguidamente.

Lo hizo así, y la voz aprobó, añadiendo:

—Imagina S que SP no necesita más datos.

—Conforme. SP no necesita más datos, si volumen es el imaginado.

—Volumen debe ser el imaginado —aceptó la voz—. Mensaje terminado, SP. Comunicación siguiente mediante mismo procedimiento anterior. E igual respuesta de SP a S, si se tercia.

—De acuerdo en todo, y corto.

Cerró la comunicación. Respiró hondo. Cualquiera que les hubiera escuchado no entendería seguramente nada. La clave era sencilla. Estaba seguro de saber en qué consistía. Se inclinó, extrayendo la voluminosa guía telefónica de. Londres. Buscó la columna dos, en la página ciento once. Y allí, la línea ocho.

Su dedo marcó un nombre y una dirección: «Bridell, John R. Chancery Lane, 42. Holborn».

Y seguía el número telefónico. Los demás datos sería fácil obtenerlos en la central telefónica de la capital, requiriendo los volúmenes de Lisboa y de París. Eso, naturalmente, le daría los nombres y dirección de las personas a localizar para el contacto. Era el procedimiento empleado. Pero eso le situaría delante del punto de mira de los agentes ocultos del sindicato. Era obvio que recurriría a la central de teléfonos para esos datos, y ellos lo sabían. Ignoraban su paradero actual, y vigilarían por un igual en las tres capitales europeas. Tenía que dejarse ver, le gustase o no. Luego sería difícil eludir la persecución tenaz y solapada de un enjambre de expertos en la vigilancia de un hombre. Y más, sabiendo como sabían de sus argucias en el disfraz, en sus cambios le personalidad.

Pero era el riesgo a correr. Había aceptado el juego, y eso significaba aceptar también sus reglas.

—Adelante —se dijo, incorporándose, y empezando a despojarse de su apariencia de aristócrata británico—. Es el momento de iniciar la búsqueda... y de aceptar el papel de pieza en la cacería invisible.

Poco después, la avioneta abandonaba la apacible campiña británica, para volar a otro aeroclub situado al norte de Londres. Allí, la matrícula del pequeño aparato había cambiado ya de cifras, y el risueño y alegre joven, deportista y ruidoso, que bajó del aparato, saludando a todos jovialmente, era llamado por los funcionarios de la instalación por el nombre de Roberts.

El tal Roberts es el que partió en un veloz «Masseratti» azul eléctrico

hacia el centro de Londres.

Una hora más tarde, en la central telefónica londinense, un mozambiqueño de color pedía la guía de Lisboa, dedicándose a anotar algunos teléfonos y datos en un locutorio. Devolvió el volumen, con amplia y ruidosa gratitud, y abandonó el recinto. Solo dos horas después, un agente de policía, un severo y tranquilo *bobby* londinense, solicitaba amablemente de una telefonista de servicio la guía telefónica de París, para hacer una llamada. Anotó un par de teléfonos, e hizo una llamada que no tuvo respuesta. Se marchó, volviendo a su ronda callejera.

Pero cuando desapareció en un cercano callejón, ya elegido previamente, lo hizo para no reaparecer más. Un vagabundo desaseado se alejó más tarde, calle abajo. Y apenas unos minutos después lo hacía una dama de aire sospechoso, colgando su bolso del brazo, envuelta en un chal de pieles y con llamativa melena rizada, pelirroja.

La vigilancia del sindicato se desvió en dos direcciones. Cuando uno de los casi invisibles agentes de la gran organización supercriminal descubrió que el andrajoso era realmente lo que parecía, supieron que la mujer pelirroja era «Spectro». Solo que, para entonces, entre un lupanar de Cornhill y un cinematógrafo popular de Aldgate, el rastro se había perdido en gran parte, y la mujer desapareció como engullida por la noche británica.

Alguien sonrió, en un lejano y quieto despacho de suntuosas maderas, cuando fue informado por una línea telefónica especial sobre las progresivas desapariciones de todos los personajes vigilados aquella noche.

—Dejadlo —dijo el prohombre del sindicato—. Uno de ellos era siempre «Spectro», naturalmente: el portugués, el *policeman*, la pelirroja... Luego, tal vez, el acomodador del cine, o el joven chulo del prostíbulo, o el violinista ciego en un callejón... No importa mucho. No ahora. Él sabe que le vigilamos. Sabe que el cerco se irá estrechando paulatinamente. Ahora es pronto todavía. Ya tiene los datos de los agentes nuestros en Londres, París y Lisboa. Si es preciso, le daremos alguno de Estados Unidos, pero esperemos que no sea necesario. Antes de eso, «Spectro» caerá en su propia trampa. Si es culpable no tiene escapatoria... y lo sabe. Si es inocente... ha aceptado la misión y debe cumplirla. Él sabe bien que, una vez en relación con nosotros, no tiene posibilidad de evadirse. O cumple... o cae. O prueba su inocencia y nos entrega a nosotros al culpable... o muere él. Es su dilema.

Y con una sonrisa sarcástica, el hombre importante colgó.

Ahora sabían que él estaba en Londres. Y que había iniciado la búsqueda de un criminal, ejecutor de criminales a su vez... o estaba jugando fuerte su única baza posible.

Eran los tres nombres. Las tres primeras evidencias: John R. Bridell, en Holborn, Londres.

Carlos Pereira, en Lisboa. Avenida de Portugal.

Y Denise Bliard en París. Una mujer. Apartamentos Boulevard, en los Campos Elíseos.

Gente relacionada con el sindicato. Miembros activos quizá. Sospechosos, a juzgar por el informe.

Él debía hallar, entre esos tres, un posible culpable. Era obvio el significado del juego.

Si eso fallaba, posiblemente habría otros sospechosos. O posiblemente no. El sindicato no acostumbraba a equivocarse mucho en sus cosas. Y menos en las que afectaban a su propia seguridad.

La incógnita estaba en las razones que podían tener los supercriminales para sospechar de aquellas tres personas... y no investigar ellos mismos. Preferían que lo hiciese él. Eso formaba parte del juego doble que llevaban a cabo los miembros de la organización supracriminal.

Pero había aceptado tácitamente su papel de mosca, sobre la tela de araña. Y no cedería. Aunque ahora, Vivian y Sadko tendrían que ayudarle. El juego se iba a complicar para todos.

También para el sindicato, aunque ellos tuvieran prevista cualquier estrategia de su supuesto aliado o de su posible enemigo mortal.

En aquellos momentos, «Spectro», aventurero y ladrón, detective y granuja internacional de altos vuelos, estaba sumergido en la más difícil y compleja peripecia de toda su vida.

Por otro lado, no olvidaba a un temible adversario, sobre todo en suelo inglés: el inspector Sidney Knight, su eterno adversario.

—Son demasiados riesgos —musitó para sí—. Ese viejo zorro sospechará que estoy en Europa, y vendrá tras de mi pista...

Se encogió de hombros. Bien. Afrontaría todos esos peligros.

Leyó el primer nombre a investigar: John R. Bridell, Chancery Lane, 42, Holborn. El negocio del personaje en cuestión resultó de su agrado al leerlo en los datos que poseía: «Joyería».

Sonrió para sí, con aire burlón.

—Joyas... —murmuró—. Esto es lo tuyo, amigo «Spectro»...

Y salió a la calle, con su nueva identidad.

Capítulo VI

«SPECTRO» Y EL ASESINO

—¿El collar de esmeraldas, sir Ronald?

—No, por favor. Mi querida Virginia detesta las esmeraldas. No hacen juego con sus ojos ni con su gusto particular, estimado amigo Bridell. Ella se inclina por los zafiros montados en platino.

—Oh, entiendo —sonrió Bridell, inclinándose ceremonioso—. Ojos azules, piel rosada...

—Sí, sí —el aristócrata entrado en años agitó la cabeza, entusiasmado como un niño con juguete nuevo, y se frotó las manos, complacido—. Así es mi Virginia. Usted siempre tan oportuno, Bridell. ¿Hay algo realmente hermoso en zafiros y platino?

—Tengo exactamente lo que usted busca, sir Ronald —afirmó John R. Bridell, siempre cortés y obsequioso con los buenos, los excelentes clientes de la talla de un sir Ronald, caprichoso, voluble y generoso con sus damitas de turno—. Solo un momento...

Bridell se ausentó, con sus pasos cortos y silenciosos sobre el lustroso embaldosado gris de su joyería en Holborn. Reapareció casi inmediatamente, situando sobre el mostrador dos bandejas de terciopelo negro.

En una de ellas centelleaban gemas azules sobre platino, en un juego bello y suave a la vez, de luces y de centelleos acariciadores a la vista. En otra, el platino estaba engarzado con una ristra maravillosa de aguamarinas extrañamente puras y límpidas, donde la luz se quebraba. Las gemas no eran tan valiosas como los rubíes o las esmeraldas, pero su montura y su pureza eran una auténtica delicia y un juego delicado de orfebrería de alto estilo.

El aristócrata vaciló, evidentemente, ante ambas piezas, con auténtico asombro y deleite.

—Oh, mí querido Bridell, a veces es usted sinuosamente perverso —palmoteo, infantil—. ¡Qué gran dilema, tener que elegir entre esas dos maravillas para mí Virginia adorada!

—Por Dios, sir Ronald, creo que la elección es a veces un recurso solamente de personas estrechas y de espíritus poco generosos —suspiró el joyero—. Cuando uno duda entre dos maravillas... se adquieren ambas y no existe problema.

—Cielos, Bridell —pestañeó sir Ronald Waterbury, con aire perplejo y

sorprendido—. ¿Acaso cree que poseo la fortuna de la reina de Inglaterra?

—No hace falta tanto para complacer a una dama como su bellísima Virginia, de ojos celestes como los zafiros y limpios como las aguamarinas, de piel suave y blanca como el platino que sirve de engarce a estas dos maravillas de la joyería. Solamente cinco mil libras esterlinas para un buen cliente como usted... y por esa fruslería, todo resuelto.

—Cinco mil, ¿eh? —reflexionó sir Ronald, tocándose el mentón, fija su vista en las gemas fulgurantes—. Bueno, puede decirse que es mucho dinero... pero no demasiado.

—Exacto. Mucho, pero no demasiado. Creo que ahí está el límite razonable para unas joyas como estas.

—Perfecto —aprobó sir Ronald. Acarició suavemente las piedras y, aunque estas eran frías e inanimadas, debió pensar en la piel delicada de su Virginia, porque se estremeció, apresurándose a asentir—: Está bien, está bien. Me quedo ambas.

Bridell dominó con dificultad su complacencia. Daba gusto tratar con hombres como sir Ronald Waterbury. El aristócrata extrajo un talonario de su bolsillo. Firmó rápido en uno de los largos papeles verdosos y puso la cifra: un cinco y tres ceros. Luego, el signo de la libra esterlina, y un largo trazo rectilíneo y preciso. Tendió el talón a su interlocutor.

—Su dinero, Bridell.

—Excelente, señor —tomó el talón y lo dobló cuidadosamente, guardándolo en su cartera—. ¿Se lleva las joyas?

—No, no —rechazó sir Ronald vivamente—. Ahora voy al club, luego tengo una entrevista con el ministro del Interior... Será mejor no llevar encima todo eso. Envíemelo a mí casa, Bridell. Bueno, ya me entiende. No a mí domicilio, por supuesto. A lady Helen no le gustaría nada ver esas joyas.

—Desde luego —rio maliciosamente el joyero, frotándose las manos—. Lady Helen tiene ojos oscuros. No le van bien las aguamarinas...

Rieron ambos, y el joyero aseguró que le enviaría las joyas a la residencia de soltero que el viejo y rico truhan tenía en el centro de Londres. Antes de abandonar la joyería, apoyado en su bastón de madera lacada y puño y contera de plata, sir Ronald habló volublemente:

—Oh, dentro de un mes, aproximadamente, pasará a encargarme algo de perlas... Es el cumpleaños de mi esposa. ¿Comprende, Bridell?

—Perfectamente, señor —le acompañó hasta la puerta. Miró al exterior —: Su chófer le espera impaciente, sir Ronald. El tráfico se complica a esta hora del día...

Sir Ronald asintió, abandonando el establecimiento. La puerta de vidrios oscuros, insondables desde la calle y transparentes y límpidos desde el interior, se cerró tras el aristócrata. Bridell volvió al mostrador, donde

brillaban las gemas sobre terciopelo.

—¡Viejo chiflado! —masculló—. No le falta el dinero ni la estupidez con las mujeres bellas y complacientes...

Dispuso las cosas brevemente. Pulsó el timbre y acudió a la llamada su joven empleado, Tradford. Le mostró las joyas.

—Envuelve eso cuidadosamente en un solo paquete —pidió—. Y luego hazlo enviar a las señas siguientes...

Buscó en su agenda, y le dio la dirección a Tradford. El joven asintió, manipulando ambas joyas con la indiferencia de quien está habituado ya a esas tareas. Escribió con mano segura una tarjeta, dirigida a sir Ronald, a las señas indicadas, y dispuso el envoltorio minuciosamente, tras situar cada collar en una caja suntuosa, de terciopelo y piel azul, con el sello dorado de la joyería de Holborn.

—Todo a punto, señor Bridell —suspiró el silencioso joven, terminada la tarea.

—Bien —abrió la caja fuerte, dejando dentro el envoltorio dispuesto por su ayudante—. Mañana, a primera hora, lo llevarás personalmente a esa dirección.

—Sí, señor Bridell —y el callado y obediente Tradford desapareció en la trastienda de la suntuosa joyería.

La puerta oscura de acceso se abrió cosa de un instante más tarde. Una bella dama de cabellos rojos y suaves, de tez bronceada y rasgados ojos verde oscuro entró en el establecimiento, llevando consigo un perrito de raza, sujeto por una correa. Espléndidas esmeraldas, sobre oro blanco, adornaban sus orejas y cuello. Un echarpe blanco rodeaba sus hombros desnudos, permitiendo asomar la arrogancia de unos senos de bronce vivo por su hondo escote.

A Bridell le gustaban las mujeres hermosas. Y elegantes. Aquella reunía ambas cosas, con una nota de exotismo que, posiblemente, se debía a una mezcla de razas. La mostró, obsequioso, uno de los asientos forrados en terciopelo azul, y ella, indolente, se acomodó, cruzando sus piernas.

La falda, verde oscura, abierta por un lado, permitió ahora descubrir la longitud torneada de su pantorrilla y parte del muslo bronceado. Era una belleza exultante y sensual la de aquella dama fascinadora, pensó Bridell.

—Oh, milady, por favor, este establecimiento se honra con su presencia y resplandece con su belleza —ponderó el astuto joyero, admirado, inclinándose—. ¿En qué puedo humildemente servir a una reina del encanto femenino?

—Busco algo especial —suspiró ella, con voz profunda, mirándole reflexiva—. He perdido mi broche de esmeraldas, que hacía juego con el resto de las joyas. Deseo otro que no desentone. Y que posea cinco esmeraldas en círculo o en rombo, como era el caso anterior. Es un

verdadero capricho, señor Bridell. Me dijeron que usted podía servirme dicha joya.

—Pues al menos lo intentaré, milady... —aseguró él—. Y si no es ahora, en pocas horas tendrá su joya a punto, se lo aseguro. No hay nada que nosotros no podamos hacer en cuestión de joyería, se lo aseguro.

—Otra cosa, me defraudaría —convino ella—. Pero soy artista. Abandono Inglaterra mañana mismo, a media tarde. Tendrá que estar hoy... o mañana a mediodía lo más tardar.

—Bien... —Bridell se mordió el labio, pensativo—. Digamos que tal vez haya algo parecido.

—No quiero nada parecido, sino un broche con cinco esmeraldas en círculo o en rombo. En Estados Unidos, adonde me dirijo, la gente gusta de ver joyas así. Mi trabajo se realza mucho cuando me presento con mis piedras preciosas, ¿comprende? Cine, televisión, teatro musical... Mi nombre es Logan. Melba Logan, cantante y bailarina de musicales esplendorosos, ¿comprende?

—Oh, sí, sí... —Bridell respiró hondo—. Un momento. Traeré cuanto hay al respecto...

Reapareció, unos minutos más tarde, con seis bandejas. Sobre el terciopelo negro, centelleaban las esmeraldas. Eran broches bellísimos y costosos. Pero el que más tenía eran cuatro gemas separadas entre sí.

Ella negó, rotunda. Se irguió.

—Decididamente, no —rechazó—. Han de ser cinco. Y en círculo o rombo.

—Bien... —Bridell se enjugó el sudor del rostro—. En ese caso, haré lo imposible. Mañana estará la joya. A las doce del mediodía. Tiene mi palabra.

—¿Seguro? —enarcó, ella las cejas, se inclinó hacia él, y Bridell vio la inquietante profundidad de aquellos ojos felinos. También le fue inevitable ver la profundidad del escote, con su plenitud de formas triunfales.

Se enjugó el sudor.

—Seguro —confirmó, tembloroso.

—Piense que no podría llevarme la joya ni buscarla en otro establecimiento si me fío de su palabra... —insinuó ella, con voz profunda.

—Esté convencida, lady Logan. Mañana tendrá su joya. Palabra de honor de John Raymond Bridell.

—Bien... —ella se incorporó—. Como supongo que en esta clase de encargos se abona por anticipado algo a cuenta, dígame la suma que podrá costar esa joya...

—Calculo que unas tres mil quinientas libras, lady Logan.

—Perfecto —trazó rápidas letras y cifras en un talón—. Si importa algo más, dígamelo mañana, cuando venga a recogerlo.

Y entregó a Bridell un talón por tres mil quinientas libras al portador. Él le contempló, sorprendido.

—Oh, no era preciso tanto dinero. Bastaba una cantidad a cuenta... —protestó.

—Prefiero que sea así —cortó ella—. Hasta mañana, señor Bridell. Confío en su palabra.

Él la escoltó hasta la salida, sintiendo la proximidad embriagadora del perfume y del cuerpo de la dama. Se deshacía en afirmaciones por el camino. Apenas se quedó solo, rápidamente descolgó el teléfono y marcó un número.

Encargó una joya de aquellas características con la mayor urgencia. A las protestas del taller de joyería replicó acremente, hasta lograr la promesa de que, justamente a las once de la mañana, estaría allí la gema.

Llamó a Tradford con un pulsador de encima del mostrador de reluciente cristal. Su empleado apareció, siempre puntual y solícito.

—Guarda esas bandejas en el armario —encargó—. Luego puedes marcharte. Mañana, a las diez, lleva eso a sir Ronald. Y pasa por el taller de Bradfield & Bradfield, para recoger un encargo urgente. A las once debes estar de vuelta aquí.

—De acuerdo, señor —afirmó Tradford, con grave y sombría obediencia.

Bridell, el joyero, se frotó las manos complacido. Era un buen día. Acababa de hacer, casi seguidas, dos ventas importantes. Su prestigio no decaía en Londres, por suerte para él.

Estaba ya a punto de cerrar aquella tarde, cuando tintineó el timbre de la entrada. Alzó la cabeza. El hombre uniformado que entraba le era familiar. Lo identificó plenamente cuando le tendió una tarjeta escrita:

«Entregue al portador, mi chófer, el envoltorio que usted sabe, señor Bridell. Él es de toda confianza. Gracias.

»*Sir Ronald*».

—Oh, el chófer de sir Ronald —asintió Bridell, al comprobar su identificación—. Sí, un momento, por favor.

—No tengo prisa, señor —aseguró el chófer—. Sir Ronald me espera dentro de una hora. Tiene que entregar ese encargo hoy mismo, ¿comprende usted?

Y su tono tenía cierto matiz malicioso, que el joyero captó, haciendo un guiño rápido al tiempo que asentía, llamando a Tradford nuevamente.

—Comprendo muy bien —afirmó—. Sir Ronald ha cambiado de idea... Tradford, por favor. El paquetito de sir Ronald Waterbury, enseguida. Ya no será preciso que lo lleses mañana.

—Desde luego, señor Bridell —el empleado abrió la caja fuerte con

sencillez, y extrajo el envoltorio que antes hiciera en la propia tienda, entregándolo al joyero.

Este, a su vez, se lo pasó al chófer, que le firmó el resguardo adherido al envoltorio, y, tras un saludo cortés, se encaminó a la salida.

—Tenga cuidado con ello —avisó el joyero—. Es un contenido valioso...

—Lo imagino —ahora, el guiño fue del chófer—. Sir Ronald acostumbra a recoger siempre objetos de alto valor... No debe preocuparse por mí. Soy consciente de mi responsabilidad... y voy armado, por cualquier emergencia.

Al decir esto, tocó significativamente el bolsillo de su guerrera de uniforme, y abandonó la lujosa joyería de Bridell, en Holborn. Este respiró aliviado. La venta estaba ya ultimada, y terminadas sus responsabilidades.

—Cierra, Tradford —ordenó a su empleado.

—Enseguida, señor —asintió este, pulsando los resortes de seguridad de la joyería.

Zumbó afuera el cierre metálico, al empezar a descender sobre puertas y vidrieras. Una jornada de trabajo se había terminado. La última en la vida de un hombre llamado John R. Bridell, joyero.

* * *

Bridell había ya cerrado su establecimiento y terminado las cuentas del día. Se incorporó, frotándose los cansados ojos, tras fijarlos en sus libros de contabilidad, en el pequeño despacho interior. Estaba ya completamente solo, sin Tradford ni nadie, encerrado en su negocio, del que saldría por la puertecilla que comunicaba con el edificio central, y que al salir él se cerraría magnéticamente, con toda clase de sistemas de seguridad y alarma, para impedir la entrada de ladrones en su joyería.

Miró el reloj de pulsera, con fatiga. Había motivos para estar cansado, pensó. Era tarde. Casi las nueve de la noche. Tenía también sed. Y apetito. Se dispuso a celebrar el buen negocio del día cenando en el club cercano, y descorchando una botella de buen vino, de la cosecha predilecta suya, la de 1937. Valía la pena, tras dos ventas que dejaban un buen margen de beneficios.

Sonó el teléfono. Lo miró, pensativo. Era el teléfono de su línea privada. Parecía un vulgar supletorio, pero no lo era. Se estremeció. A veces llegaba a olvidar eso. Que tenía una línea especialísima, que era parte integrante de... de «aquello».

Descolgó, de mala gana. Indagó:

—Bridell. ¿Quién? Sí, entiendo. Línea 32. Espero.

Tabaleó, impaciente. Con una mano, sacó un cigarrillo y lo prendió,

fumando nervioso. A veces, estas cosas le quitaban el apetito. Pero tenía que aceptarlo así. A fin de cuentas, la joyería y todo lo demás era resultado de aquella alianza ultra-secreta. La organización era siempre generosa con sus miembros. Muy generosa. Pero exigía correspondencia entusiasta y leal.

—¿Sí? —indagó al llegarle la voz del otro extremo del hilo—. Sí, exactamente. Me disponía a salir. Entiendo, sí... No, no sé gran cosa sobre eso. Aún no. Estoy investigando. He movido algunos hilos. Espero resultados. Sí, sí. Informaré en cuanto sepa algo concreto. No, no descuido nada. Estén seguros de eso...

Colgó, enjugándose el sudor. Contempló el teléfono, preocupado. Con ellos nunca se sabía si confiaban en uno o no, si pedían colaboración o tendían una trampa para darle caza a uno. Era lo malo. Se movía cada miembro en las mayores tinieblas. Sin saber si gozaba de su total confianza o estaba bajo alguna terrible sospecha.

—Uf... —masculló—. Daría algo, realmente, por saber cómo piensan. Y también por poderles probar que soy leal...

Se dispuso a salir. Iba a apagar la luz del despacho cuando de nuevo sonó el teléfono. Miró, con sobresalto. No. Esta vez no era la línea especial, sino la normal. El teléfono de comunicación rutinaria. Lo descolgó con cierto alivio.

—¿Quién? —preguntó—. Sí, sí. Soy Bridell. En persona, claro... Oh, ¿es usted, señor? Por supuesto, sir Ronald... No, no esperaba en absoluto su llamada. ¿Cómo?

Sus ojos se desorbitaron cuando la respuesta del aristócrata, chillona, exaltada, le golpeó de nuevo, a través del hilo telefónico:

—¡Me han robado, Bridell! ¡Me han robado, y tuvo que ser en su tienda! ¡El envoltorio está vacío! ¡Las cajas no contienen nada! ¡Ni rastro de las joyas! ¿Lo entiende?

* * *

—Pero... ¡pero eso es imposible! —se enjugó el sudor una vez más, por razones muy diferentes a las de antes—. Yo... yo mismo entregué a su chófer el envoltorio... El firmó, me mostró su autorización...

—Infiernos, todo eso está bien —aulló el noble—. ¡Pero no me ha enviado ninguna joya! ¿Qué hago yo ahora? ¿Cómo me presento a mí Virginia? ¡Y mi dinero! ¿Y mis cinco mil libras, Bridell?

—Cielos, no ha podido suceder eso... —se ahogaba Bridell—. Tal vez un error... Espere, se lo ruego. Iré a la tienda. Veré lo que puedo hacer... Sí, enseguida... Tal vez mi empleado, Tradford, se equivocó... Acaso se deslizaron fuera las joyas, aunque es tan inverosímil que no sé... no sé qué

pensar...

—Pues piense algo ¡y rápido! Necesito esas joyas esta misma noche. O bien otras similares. En caso contrario, exijo mi dinero, Bridell. O me veré obligado a denunciar el hecho a la policía.

—No, no, por Dios. La policía no... —jadeó Bridell—. Espere, se lo ruego. Voy a la tienda. Le... le telefonearé en menos de veinte minutos.

—Hágalo. Si no, llamaré yo para darle el último aviso. ¡Esto es inconcebible, Bridell; en una casa sería, como creí que sería la suya! —y el aristócrata colgó, furibundo.

John R. Bridell se había vuelto, repentinamente, un hombre diametralmente opuesto. Lívido, descompuesto, tembloroso, inseguro. Salió de su despacho, desconectando previamente los sistemas de alarma, en el gabinete eléctrico inmediato. Descendió por el corredor de servicio hasta la joyería. Dio las luces, en la soledad del hermético recinto, y comenzó a revisarlo todo.

Las bandejas de los dos collares estaban vacías. Ni rastro de las joyas. Excitado, buscó en la caja fuerte. Nada, salvo el dinero en metálico y unas piedras sin engastar. Volvió a los armarios de joyería. Empezó a revisar bandejas, llevado por un afán exasperado de búsqueda.

Se quedó helado. Un sudor frío invadió su cuerpo. Sus ojos se desorbitaron.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis bandejas de negro terciopelo... ¡vacías!

Tambaleóse, teniendo que apoyarse en un mueble. Todo le dio vueltas alrededor.

—Oh, Dios, no —jadeó—. Las joyas... ¡las joyas que mostré a lady Logan, la artista...!

Un temblor convulso agitó sus manos trémulas al seguir buscando. Otra bandeja vacía, algo más abajo. Faltaban dos pendientes de diamantes y platino, valorados en diez mil libras esterlinas... Las joyas pequeñas, las de valor medio, las insignificantes y vulgares, seguían en sus bandejas, como algo despreciado por un genio del mal...

—Es... ¡es imposible! —sollozó Bridell—. ¡Robado! Robado... yo... Miles de libras esterlinas; tal vez cien o ciento cincuenta mil libras en joyas... ¡No puede sucederme esto...!

Repentinamente, algo flotó en el aire, cayendo mansamente hasta el suelo, desde una de las bandejas vacías. Lo contempló como hipnotizado. Era un pequeño rectángulo de cartulina.

Se inclinó. Lo tomó del suelo, perplejo. Lo alzó a la luz.

Vio la calavera púrpura. Y el breve trazo escrito:

«Gracias por todo. Era una tentación demasiado grande.

—¡«Spectro»! —aulló—. ¡El maldito hampón! ¡Ha vuelto a Inglaterra, sin duda...!

Se precipitó hacia su oficina, para llamar a ciertas personas e informarles. En su mente empezaba a bailotear una idea terrible. El chófer de sir Ronald... La hermosa Melba Logan... Incluso el propio sir Ronald... Cualquiera de ellos pudo ser «Spectro». Pero ahora, de súbito, sabía quién fue «Spectro», al menos durante las horas de un día de trabajo en la joyería de Holborn.

Le enfurecía haber sido burlado tan fácilmente, de modo tan sangriento y descarado...

—¡Tradford! —jadeó—. ¡Era Tradford, mi empleado! ¡Él era «Spectro»! —gimió con disgusto, lleno de ira y despecho.

Iba a pedir la ayuda de la organización para vengarse de aquel delincuente anónimo, terror de tantos joyeros del mundo. El sindicato dijo una vez que si él actuaba contra uno de sus miembros, habría dado con la horma de su zapato. Y eso, justamente, acababa de suceder ahora. «Spectro» había cometido un grave error al desvalijar la joyería y hurtar ágil, inverosímilmente casi, las joyas de delante de los propios ojos de Bridell.

Solamente «Spectro» pudo ocupar el puesto de su fiel y silencioso Tradford, engañándole incluso a él, y llevándose consigo, sin problema alguno, una fabulosa fortuna en joyas.

Pasó junto al largo mostrador de vidrio donde se acomodara aquella mañana la seductora y provocativa belleza morena de lady Melba Logan. Sorprendido, descubrió algo que no viera antes, justo entre el vidrio color caramelo y su reborde de metal aluminizado.

Una especie de cristalina gota verde, centelleante a las luces lívidas de servicio, encendidas ahora en la joyería. Bridell adelantó su mano para tomar aquella gema.

—Una esmeralda... Ella perdió una de sus bellas esmeraldas, sin duda —comentó para sí, olvidándose por un fugaz instante de su ruina de aquellos momentos, de la feroz burla productiva del nuevo rey de los ladrones de Europa y, posiblemente, del mundo entero.

Puso sus dedos en la gema. Repentinamente, exhaló un grito ronco. Se miró el dedo, asombrado.

Gruesos goterones de sangre cayeron sobre el vidrio del mostrador. De la supuesta gema verde, fulgurante, surgía ahora, oscuro y agudo, una especie de pincho o espino que antes no estaba allí.

Observó lo negruzco de su propia sangre. La restañó, nervioso. Notó que el dedo le palpitaba. Y luego la mano toda...

Se inclinó. Manipuló de nuevo, con el dedo herido, la supuesta piedra preciosa. No era tal. Solamente, un pequeño objeto imitando una esmeralda. Al presionar, emergía una púa bañada en una sustancia oscura, punzante y agresiva. El diminuto objeto parecía hecho de una materia plástica cristalina. Un juego microscópico de muelles accionaba el resorte...

Observó algo más. El plástico perdía color. De igual modo lo había tomado antes, tornándose verdoso. Por eso no lo observó antes. Era incoloro, y se tornaba verde por alguna reacción química, haciéndose brillante y visible.

Luego, al tocarlo... hería.

Bridell se tambaleó. El sudor era frío, viscoso. Quiso caminar y no pudo. Las piernas no le respondían. Las manos se agarrotaban. Respiraba agitadamente.

—Cielos... —se miró el dedo, negro e hinchado en torno a la leve herida. Luego desorbitó los ojos, clavándolos en el mostrador, en el pequeño objeto maligno—. ¡VENENO...!

Demasiado tarde, empezó a comprender. Su vista se nublaba por momentos. Cayó de rodillas con un jadeo. Supo que nunca saldría de allí con vida. Había caído en la trampa. Supo en ese fugaz momento que todo era cierto. Que sus sospechas habían sido reales. Que «alguien» se deshacía ahora de él, a través de la belleza engañosa de una mujer que dejó allí un instrumento de muerte, diminuto y terrible. Un adminículo de plástico, una púa con veneno mortal...

Recordó vagamente a otros miembros del sindicato, asesinados en diversos lugares del mundo. Su amigo Rohmer en Londres... Silveira en Lisboa... La Kingsley en Estados Unidos y... y ahora él...

—¡Oh, no! —rugió con violenta ira—. ¡Esto no! Antes de que... sea demasiado tarde... debo llamar... debo informar... Ahora sé que... que estaba en lo cierto... No debí nunca llamar a esa... esa persona...

Se arrastró hacia el teléfono azul de su joyería de Holborn. Estaba llegando al aparato cuando le vencieron las fuerzas y cayó de espaldas, notando la parálisis mortal en todos sus miembros. Se agitó, en un espasmo, mirando con una boqueada horrible el teléfono.

Entonces apareció «Spectro».

SEGUNDA PARTE
TELA DE ARAÑA

Capítulo Primero

«SPECTRO» ENCARA A LA MUERTE

Estaba encarando a la muerte. Una vez más.

Pero ahora era la muerte ajena. La de un hombre a quién, deportivamente, en un ingenioso juego de astucia, engañara horas antes, desvalijando sus bandejas de costosas joyas.

Ahora todo había cambiado.

Un hombre agonizaba ante sus ojos. «Spectro» llegaba demasiado tarde a su cita con el peligro y con la posible amenaza para sí... que se había vuelto contra Bridell.

Esperaba enfrentarse a un enemigo, y asistía a la muerte de un hombre. Una muerte lenta y angustiosa. El envenenamiento era ostensible. Bridell había sido asesinado también.

—¿Por quién, Bridell? —preguntó roncamente, avanzando hacia él—. ¿Quién le envenenó?

—Ella... ella... —jadeó roncamente el moribundo.

—¿Ella? —dudó el enigmático personaje, inclinándose sobre el agonizante—. ¿Quién? ¿Lady Logan, tal vez?

Un asentimiento del que moría, una mirada vidriosa y redonda al mostrador. «Spectro» se irguió. Acercóse. Miró el mostrador. Su mano enguantada rozó levemente el verde falso y engañoso de la pieza de plástico mortífero. Sacudió la cabeza.

—Muy ingenioso —dijo—, Y mortal. No lo vi antes, cuando era Tradford... Seguramente un tinte químico altera paulatinamente el color y lo vuelve verde esmeralda, para atraer... Sí, le pusieron una trampa, Bridell. Pero, ¿por qué esa mujer? ¿La conocía de algo?

El negó, en su exasperada agonía. Un estertor brotaba de su boca abierta. La parálisis, sin duda, llegaba ya a sus cuerdas vocales. Pronto alcanzaría su corazón, su cerebro. Sería el final para Bridell, el joyero de Holborn.

A ojos del moribundo, la figura que le acompañaba en aquella agonía, no parecía ya la de un ser humano. En realidad, en todo momento fue como la de un fantasma. Él supo desde el principio que era «Spectro», apenas vio aparecer en la joyería aquella figura envuelta en malla oscura, como un espectro grisáceo y fantasmal. La máscara que ceñía su cabeza y rostro era ajustada, con dos rendijas para los ojos y un óvalo para la boca. Solo eso era «Spectro»: un enmascarado atlético, silencioso, elástico, de felinos

movimientos. Una linterna colgaba de su cintura. Y una pistola provista de silenciador.

—Bridell, esa mujer le dejó el instrumento de muerte. Ella es culpable, pero ¿obra por propia cuenta? —indagó «Spectro», arrodillado junto al moribundo.

Negó enfáticamente la cabeza, torpe ya, del joyero. Su cuello estaba rígido, envarado.

—Entiendo —afirmó «Spectro»—. Ella fue enviada por alguien. Usted esperaba otra clase de posible enemigo. Y le enviaron una mujer asesina...

Nuevo asentimiento, casi inapreciable ya. El hombre moría por instantes. «Spectro» trató de apurar algo más la situación.

—El sindicato cree que yo he matado a los demás. También pensará que lo hice con usted, Bridell. Este es un sucio juego, una tela de araña muy peligrosa... Escuche esto: ¿por qué le han atacado a usted, a los otros? ¿Es que usted y los demás... sabían algo que alguien no desea que llegue a ser conocido?

Esta vez, Bridell murió. Pero «Spectro» estuvo seguro de que, antes que su mirada se vidriase definitivamente, y su cabeza rígida cayera atrás, hubo como un desesperado afán de afirmar en el esfuerzo supremo del infortunado.

Luego, «Spectro» se incorporó despacio, sigiloso como un puma. No tocó la pieza venenosa, que imaginó obra de algún astuto asesino, particularmente cruel. Pero dejó junto a ella su tarjeta. Escribió rápidamente en ella:

«No toquen esto. Causó la muerte a Bridell solo con un roce. No soy culpable tampoco de ello. Sigo buscando a un asesino. Y creo saber un motivo».

Firmado: "*Spectro*".

Luego, sigilosamente, tras adherir al vidrio la tarjeta con una sustancia gomosa, abandonó con igual sigilo que a su llegada el recinto destinado a joyería.

Solamente «Spectro» sabía cómo entró y salió del cerrado recinto. El teléfono llamaba insistente, sin que nadie lo recogiera. Sir Ronald, sin duda, debía de estar muy furioso.

Afuera, en la calle, un *policeman* cruzó tranquilamente ante el edificio de la joyería, con el paso rutinario de servicio, y dobló la esquina. Si alguien se hubiera molestado en seguirle, hubiera comprobado, atónito, que no había policía alguno al otro lado, y sí un caballero medio ebrio, con abrigo negro y sombrero de copa, canturreando entre dientes, con una botella de licor en la mano.

«Spectro», una vez más, alteraba su apariencia con la rapidez del

relámpago, para burlar a la araña que acechaba en la sombra. Y aun así, no estaba seguro de lograrlo. Cuando el sindicato supiera que Bridell había muerto asesinado, tras un robo de joyas por parte de «Spectro», las cosas se pondrían difíciles para él.

No en Londres, donde ellos sabrían perfectamente que él no estaba ya, sino en París o en Lisboa. Donde una mujer llamada Denise Bliard, de profesión modelo de alta costura, y un hombre llamado Carlos Pereira, en Lisboa, banquero, esperaban su turno. Uno de ellos podía ser el culpable que buscaba. O nuevas víctimas de un desconocido asesino que actuaba movido por una razón oculta y extraña: silenciar a gentes que sabían algo decisivo sobre su persona.

* * *

Spencer Trumball, millonario, deportista y excéntrico.

Así era el joven inglés que aquel día dejara el avión en el aeropuerto de Orly, camino de la capital francesa. En el aeropuerto, le esperaba una bellísima criatura de cabellos plateados y belleza majestuosa, casi insultante. Ambos se besaron, partiendo luego en el «Ferrari» deportivo del joven millonario, cuya imagen de famoso *play-boy* de todos los lugares de lujo y placer de Europa y América, recorría los rotativos, las revistas de actualidad, en especial las destinadas al consumo femenino, e incluso aparecía en los reportajes televisados, con su bella de turno, o rodeado de una pléyade de ellas en la fiesta aristocrática de Niza o Montecarlo, en el Carnaval carioca, en las carreras de coches de Indianápolis, o en las carreras de caballos de Epsom, las corridas de toros de Madrid, los torneos de tenis de Wimbledon, y sitios y ocasiones similares.

Spencer Trumball, joven y alegre millonario relacionado siempre con mujeres hermosas, despilfarro de divisas y vida alegre, había llegado a París.

Y, naturalmente, se alojó en uno de los mejores hoteles de los Campos Elíseos, y asistió con su amiguita de turno, la rubia Vivian, a los lugares de moda en la capital francesa.

Entre esos lugares, llevando consigo su talonario de cheques y su dama de turno, no podía faltar la primera exhibición, de moda femenina de la Ciudad Luz.

Esa exhibición, por supuesto, era en Chez Berlier, la *boutique* de moda. Y en Chez Berlier actuaba como modelo principal Denise Bliard.

Era una muchacha espigada, elegante y sobria, de suave belleza pálida, cabello castaño y ojos azules. Tenía clase y distinción. Sabía vestir, y sabía lucir lo que vestía. Todo con esa difícil sencillez de la mujer elegante.

Cada modelo de Denise, suponía una fuerte suma de francos franceses,

y una exclusiva por la que suspiraban todas las damas de París.

Sin una vacilación, Vivian fue escogiendo modelos. Los más costosos, los más audaces. Al final, una firma enérgica al pie de un talón bancario con muchos ceros, puso epílogo a las adquisiciones.

El joven y caprichoso Spencer Trumball había hecho sus compras del día para Vivian. La *boutique* más cara y prestigiosa de París, ingresaba la mayor suma del mes en su cuenta corriente.

Mientras, Vivian se ocupaba en recoger todas sus prendas y hacerlas enviar al hotel, de acuerdo con la propia madame Berlier, el desenfadado, risueño y alegre *play-boy* tuvo un encuentro «casual» con Denise Bliard, la modelo.

Ambos chocaron, a la salida de las modelos del recinto donde exhibieran sus exclusivas creaciones de la alta costura parisina. Trumball se excusó vivamente:

—Oh, disculpe... He sido muy torpe, señorita...

—Bliard. Denise Bliard —sonrió ella—. No debe disculparse, señor. No tuvo importancia.

—Para mí, siempre lo tiene encontrarme con una dama hermosa. Me gustan esos encuentros, pero no con violencia. Puede creerme que lo lamento muy de veras.

—No tiene que lamentarse, créame. Ya pasó, y no dejó huella en mí —sonrió ella, burlona.

—Eh, un momento. Usted es el ángel que desfiló por esa pasarela antes, luciendo los modelos que entusiasmaron a mí compañera... y vaciaron mis bolsillos.

—No exagere, señor Trumball. Sabemos que nadie sería capaz de vaciar sus bolsillos tan fácilmente. Hay quién dice que gana usted el dinero más rápidamente de cómo lo gasta, y eso que lo derrocha a manos llenas. ¿Eso es cierto, o forma parte de su leyenda?

—Nunca me paré a pensarlo, créalo —sonrió jovialmente el millonario deportista—. Hay personas que me atribuyen la propiedad de parte de Oriente Medio, de petróleo texano, e incluso de navieras y flotas pesqueras.

—¿Y no es cierto?

—¡Cielos, no! No poseo tanto. Pero hay algo de cierto en lo que usted dijo, y eso me preocupa. El pasado año creí estar al borde de la bancarrota, y empecé a asustarme un poco. Pues bien, al revisar cuentas con mis administradores y socios, descubrí, asombrado, que mi capital había sufrido un incremento total del diez por ciento, sin contar con el dinero despilfarrado tontamente a lo largo de doce meses de vida agitada. ¿No es terrible eso?

—Desolador —se burló Denise, con un destello irónico en sus bonitos y vivaces ojos grises—. Yo que usted, me suicidaría, agobiado por el peso

de tanto oro.

—Oh, eso no resolvería nada —rio de buena gana Trumball—. Prefiero seguir sufriendo con mis finanzas, preguntándome cuánto habré ganado aunque compre mañana la Torre Eiffel, al final de este ejercicio... Ahora hablando en serio, señorita Bliard, ¿no podríamos seguir charlando de cosas así, durante una cena con champaña de la cosecha de 1920, en Maxim's?

—Cielos, no. De ninguna manera. Usted tiene a su bella amiguita... y yo a un protector a quién por nada del mundo podría dejar plantado —protestó la modelo.

—¿Pongamos... esta noche? —bromeó Spencer Trumball.

—No, no. No insista. Sería inútil, señor Trumball. Yo soy una modelo diferente a las que haya podido conocer antes...

* * *

—Una exquisita cena, un champaña delicioso... y una música para soñar y bailar, en brazos de la más hermosa criatura de París... —suspiró Trumball—. ¿Puede pedirse más a una noche en esta ciudad?

—Exagera —ella sonrió, dejándose enlazar por el alto, atlético y viril compañero de velada. El *smoking* sentaba bien a la arrogancia juvenil de Spencer Trumball. Luego, ella meneó la *cabeza*, como desolada—. Debe estar riéndose de mí.

—¿Yo? —enarcó él las cejas—. ¿Por qué, Denise?

—Por lo que dije esta tarde... ¿Siempre le resulta tan fácil persuadir a las chicas para que hagan todo lo contrario de lo que deben hacer?

—Es uno de mis grandes recursos —la guiñó un ojo, riendo—. No es la primera en perder la batalla, resígnese.

—Ya estoy resignada —murmuró la elegante joven—. Pierre debe estar furioso...

—¿Pierre? —arrugó el ceño el millonario.

—Pierre Doriac. Mi protector. Tiene veinte años más que yo. Y mil veces menos dinero que usted. Pero no es mal partido. Las chicas de mi profesión necesitamos esas influencias en nuestra carrera.

—Comprendo. Hay una solución fácil. Déjele a él... y quédese conmigo.

—Deliciosamente fácil. ¿Y qué hacemos con su rubia y hermosa amiga Vivian?

—Enviarla lejos —soltó él la carcajada suavemente—. Ninguna mujer puede ser un obstáculo cuando surge otra mujer.

—Eso mismo pensará cuando se canse de mí y aparezca otra.

—Oh, es usted terrible. ¿No puede dejar de contraatacarme? —se quejó

Trumball.

—Pienso con la cabeza. Sería maravilloso un idilio con un hombre joven, guapo, rico, generoso... Ese es Spencer Trumball, lo sé. Pero el final sería el mismo: unos modelos o unas joyas adquiridas en los mejores y más costosos establecimientos... y otra mujer para suplirla a una. Se habla mucho de su técnica, Spencer.

—Vaya. Yo creí que era secreta... —sacudió la cabeza Trumball. Luego clavó los ojos en una mesa del local nocturno—. Eh, hablando de mujeres... ¿Ha visto lo que entró hace un momento en el local?

Denise miró atrás. Por un instante, un fulgor extraño animó sus ojos, para extinguirse seguidamente. Podían ser celos de la espléndida, agresiva criatura. O algo más...

—Melba Logan, la cantante y bailarina de grandes espectáculos —suspiró la modelo francesa—. Una americana exuberante, hermosa, turbadora... y poco elegante en realidad. La que va muy extremada, rara vez es distinguida, ¿no cree?

—Sí. Pero el hombre no se fija entonces en eso.

—Le creo. La está mirando como un coleccionista observa un nuevo modelo de moneda o de sello. Un buen ejemplar para su colección, ¿no?

—Tal vez. Es sensual, lasciva incluso. Melba Logan, ¿eh? La hacía lejos. En América, acaso en Inglaterra...

—Va a debutar en París en estos próximos días. Pero luego va a Estados Unidos de nuevo. Tiene algo en Hollywood, un musical de gran espectáculo, con millones de presupuesto. Pero veo que ha olvidado muy pronto mi presencia y mi poder seductor, Spencer...

—Oh, no —negó Trumball, risueño—. En absoluto, Denise. Ella es puro sexo. Usted, puro espíritu y feminidad delicada. Algo muy distinto.

—Lo sé. Pero ¿por qué se inclina el hombre a veces?

—No sé. En mi caso... por todo —rio entre dientes el millonario.

—Incorregible. Eso es lo que es usted, Spencer —cesó la música y fueron hacia la mesa de nuevo. Para ello, pasaron cerca de Melba, la espectacular pelirroja de piel bronceada y verdes ojos. Esta noche vestía de negro y plata, con joyas de platino y ónices engarzados. Denise la miró de soslayo. Spencer Trumball creyó notar un leve estremecimiento en ella, pero no pudo estar seguro del todo. La modelo se disculpó—: Perdome un instante. Voy al tocador...

—Sí, por supuesto —convino él, cortés, quedándose en la mesa, en pie, mientras ella se alejaba. Miró de soslayo hacia la hermosa y desafiante estrella del musical. Luego, en dirección al punto por el que desapareciera Denise Bliard, la modelo de alta costura.

Buscó cigarrillos Trumball, Abrió una pitillera idéntica a la que sacara poco antes. Una llevaba cigarrillos suficientes; esta, no. Pareció sentirse

disgustado. Y caminó hacia el *hall* para adquirir cigarrillos. Lo que hizo, en realidad, fue observar las cabinas telefónicas. Denise ocupaba una, hablando rápida, agitadamente. Él se detuvo donde ella no le observaba, tras una gran maceta de palmas.

Leyó en los labios de Denise, a distancia. Era una habilidad difícil, sobre todo cuando se hablaba en otro idioma. Pero el joven millonario fue captando sus palabras fielmente:

—... Estoy segura... Ha venido a terminar el trabajo... Será mejor que nos encontremos. Esta misma noche, sí. En el lugar convenido. Es urgente. Temo lo peor... Esa mujer me asusta... No, no. Estoy segura de que es así. Tengo miedo, Carlos. Mucho miedo. Sí, a las dos en punto. No faltas. Puede ser de vida o muerte... Ya sabes lo de Bridell, ¿no? Oh, no. El sindicato, no... Ya te explicaré. No lo creerían. Es difícil...

Colgó. Rápido, Trumball volvió a la sala, antes de salir Denise de la cabina. Se sentó. La mirada verde penetrante del joven millonario buscó a alguien en vano.

Melba Logan había desaparecido.

* * *

—¿Has pasado una noche feliz, querido?

—Oh, Vivian, no irás a sentir celos ahora... —protestó él vivamente.

—En absoluto, cariño —el tono de ella era ligeramente agrio, aunque sonreía—. Pero esa chica, Denise... es muy hermosa. Muy elegante, muy femenina... Así te gustan las chicas, ¿no?

—Me gustan todas. Y tú, más que ninguna...

—¡Embustero! Eres ahora Spencer Trumball y no mi Ben —se quejó ella, dando una vuelta felina en el lecho, en la penumbra del dormitorio del lujoso hotel. La luz del bulevar arrancó reflejos dorados de su epidermis sensual, envuelta en los pliegues de la sábana—. ¿Tanto se puede contagiar una de las falsas identidades adoptadas?

—Siempre se coge un poco de cada personaje fingido —rio entre dientes «Spectro», en su actual papel del joven *play-boy* del mundillo alegre y dorado de la gente adinerada. Pero no hizo caso a la seducción física de Vivian, ocupado como estaba en seguir vigilando el oscuro edificio situado al otro lado del bulevar, en los Campos Elíseos.

—Esa chica, ¿sigue sin salir de casa? —indagó Vivian—. Ya son las dos menos veinte minutos...

—Saldrá con el tiempo justo, si no espera ahí a su comunicante —musitó «Spectro», sin desviar la mirada de las ventanas encendidas, entornadas, que sus potentes prismáticos revelaban nítidamente.

—¿Adónde te va a llevar esto exactamente, Ben? Estás jugando con

fuego...

—Lo sé. Pero debo seguir hasta el fin. Esa chica está asustada. Sabe algo sobre Melba Logan, que fue sin duda la ejecutora de Bridell en Londres. El comunicante de ella se llama Carlos. Creo que nuestro otro hombre, el de Lisboa, se encuentra aquí, en París. Van a reunirse ambos. Los últimos eslabones facilitados por el sindicato.

—Quizá la cadena que te estrangule o que te ate de pies y manos, Ben —se quejó Vivian, preocupada.

—Quizá —apretó Ben los labios—. ¿Sadko llegará esta noche?

—A las tres, lo más tarde —suspiró Vivian—. El helicóptero debe estar ya cerca de París.

—Bien. En ese caso, confiemos en que todo salga bien. Y que descubra el misterio de esos asesinatos... o burle al sindicato.

—Una cosa es tan difícil como la otra, Ben. Incluso para «Spectro».

—Lo sé —rio entre dientes él—. Me gustan las dificultades, tú lo sabes.

—Nunca debiste aceptar este caso. Es una locura.

—Tenía que hacerlo, enténdelo. El sindicato me lanzó un ultimátum. O probaba mi inocencia, o me buscarían para aniquilarme. Esa es su idea. Tras lo de Bridell, han dejado de comunicarme conmigo, pese a mis anuncios en los periódicos. La telaraña se espesa. Están cada vez más seguros de que soy yo el culpable.

—Si no hubieras tomado las joyas de Bridell... —se quejó Vivian.

—Hubiera sido igual. Al sindicato le importa poco que yo robe a todos sus miembros, si ellos son lo bastante tontos para dejarse robar. Lo que quieren es no ser burlados y desafiados por nadie, ni siquiera por «Spectro».

Esta se dejó caer con toda suavidad a la acera, cuando nadie pasaba por el lugar. Su calzado esponjoso no hizo el menor ruido. Las ventosas fueron despegadas de sus rodillas, manos y codos. El hombre que se irguió en la acera, echando a andar normalmente como un ciudadano cualquiera, ya no era Spencer Trumball, el joven *play-boy* millonario. Ni se le parecía en absoluto.

Era, sencilla y llanamente, un conocido actor cinematográfico francés, simpático y cordial, que entró en su automóvil, aparcado allí cerca, tras saludar en su inmejorable francés al gendarme de servicio en el sector.

Luego, el coche se perdió en la noche, partiendo en pos del automóvil que, un momento más tarde, conducía a la modelo Denise Bliard a alguna parte, en la noche de París.

* * *

—Denise, este encuentro puede ser peligroso para ambos...

—Lo sé, Carlos —la joven francesa abrazó al alto, vigoroso y moreno Carlos Pereira, de cabellos rizados, bigote frondoso y ojos oscuros y apasionados. Se besaron ambos. Al apartarse, había miedo reflejado en el rostro de la joven. Alrededor suyo, el humo y el olor a licores de la cava bohemia en Montmartre, era como una atmósfera densa y pesada. La música de acordeón entonaba las viejas notas melancólicas del Latin Quartier, en *Mi tío*. Ella musitó, sentándose junto a él—: Pero tenía que verte. He estado hoy en un club nocturno con un joven millonario americano. He visto allí a Melba Logan.

—¡Melba! —el color huyó del rostro moreno del portugués. Sus dedos tabalearon impacientes sobre la mesa de vieja madera. Una calavera de plástico, bastante bien imitada, sostenía una vela medio consumida—. Esa mujer... ¿Crees, realmente, que sea ella... la ejecutora?

—Estoy segura. Mis informes no fallan ya. Estuvo en Londres estos días atrás, cuando mataron a Bridell. Y en Lisboa cuando lo de Silveira. Y en Los Ángeles, sin duda, cuando lo de Velda Kingsley...

—Eso de Los Ángeles no nos consta, y tú lo sabes. Parece ser que seguía en Europa por entonces.

—No puede ser. Tuvo que ser ella.

—Pero, ¿por qué Melba Logan? No es del sindicato.

—Ya lo sé. Actúa de acuerdo con él. Estoy convencida. Cada vez más.

—El sindicato no aceptaría eso. Es difícil probarlo...

—Sí, muy difícil —convino ella, mordiéndose el labio inferior—. Ahora ellos sospechan de todo el mundo. De ti, de mí... y de «Spectro».

—¡«Spectro»! —el banquero lisboeta, joven y fornido, hizo un gesto de indecisión—. Aseguran que estuvo también en Londres. Que robó las joyas de Bridell... ¿Por qué no pensar que es él quien...?

—No, no lo creo —rechazó ella—. «Spectro» no asesina a la gente. Ni siquiera a los delincuentes como nosotros. Se limita a robar. Y a castigar a quienes lo merecen seriamente. Estoy segura. Es Melba. Mis sospechas se acrecientan.

—Entonces, el motivo sería otro...

—Sería el que yo imaginé —dijo ella roncamente. Miró en torno, a la gente que ocupaba el local subterráneo—. Espero que aquí no nos vigile nadie, Carlos...

—Eso espero yo también —suspiró el portugués, incómodo. Se acercó el camarero, un francés calvo y serio, a quién pidió una consumición para ella. Luego, señaló al fondo—. Mira. Es una cava que tiene dos salidas. Utilizaremos aquella para irnos. Creo que lo mejor es ocultarnos, ponernos a salvo por un tiempo.

—Nadie se oculta mucho tiempo del sindicato.

—Denise, si «Spectro» logra descubrir al culpable, estaremos a salvo.

Confirmaremos la verdad. Entonces nos creerán. Ahora sería inútil.

—¿Tienes algún lugar donde podernos ocultar con ciertas garantías, Carlos?

—Sí —afirmó él—. Creo que sí. Tómame eso y vámonos.

Poco después, abandonaban la cava por su salida posterior. Un automóvil usado les condujo a un apartado chalet, en las afueras de la ciudad.

Tras ellos, otro vehículo les seguía, implacable. Pero tan astutamente que ni ellos se dieron cuenta de su presencia.

* * *

—Y bien, *monsieur* Knight, ¿qué espera que suceda ahora?

El hombre de Scotland Yard se frotó el mentón, pensativo. Miró a su colega de la policía francesa, comisario Renoir, de la Sûreté.

—Espero dar caza finalmente a «Spectro» —dijo con tono seco.

—¿En París?

—En París, sí.

—¿Qué le hace suponer que él esté aquí? —dudó el policía francés.

—Estuvo en Londres. Mataron a Bridell. Posiblemente fue él. Se ha probado que Bridell era un delincuente de importancia, un miembro del sindicato internacional del crimen. Eso confirma mis sospechas sobre la culpabilidad directa de «Spectro» en los crímenes.

—Pero no tiene relación con su hipotética presencia en nuestra ciudad, *monsieur*.

—Aparentemente, no. Pero Bridell era un enlace de esa organización en Inglaterra. Hemos revisado sus documentos exhaustivamente. En ocasiones fue algo indiscreto, pese a utilizar códigos cifrados y textos en clave. Obtuvimos nombres de personas importantes dentro de la organización de esa potencia supercriminal. Sus contactos más directos, con quienes trabajaba Bridell de modo personal y exclusivo, están en París y Lisboa. El FBI americano trabaja ya con las autoridades portuguesas en eso. Nosotros cooperaremos con ustedes. Una joven modelo y un banquero, son piezas clave de la organización. Y los inmediatos que peligran en este juego.

—¿Una modelo? ¿Quién, *monsieur* Knight? Tal vez logremos algo, sabiendo su nombre.

—Denise Bliard. Vive en los Campos Elíseos, comisario...

El policía se puso inmediatamente en acción. La Sûreté comenzó a trabajar. Sidney Knight, el hombre de Scotland Yard, estaba cerca de su presa. Y lo presentía.

* * *

—Han cometido su último y peor error, amigos.

Denise y Pereira se quedaron petrificados. Clavaron sus ojos, atónitos, en el enmascarado que les encañonaba con un arma silenciosa, provista de un prolongado cañón.

—¡«Spectro»! —jadeó el portugués—. ¿Es usted?

—¿«Spectro»? —rió el enmascarado. Meneó negativamente la cabeza—. Oh, no, amigos. No soy tal personaje, ni mucho menos. Soy la persona que le ha atribuido ya cuatro asesinatos al fabuloso ladrón. Soy quien va a atribuirle ahora otros dos asesinatos más. Los suyos, Carlos Pereira. Usted y la chica.

—Entiendo... —silabeó el portugués. Miró con desesperación a la casa de campo, a las Habitaciones herméticamente cerradas al exterior, que no dejaban filtrar ni un solo resquicio de luz—. Entiendo muy bien... Usted es... el asesino. El que envió a Melba Logan a ejecutar a algunos de sus elegidos...

—Exacto —la risa suave del hombre de la máscara envolviendo el rostro, bajo el sombrero oscuro y flexible, se elevó en el silencio dramático de la estancia—. Usted eligió el escondrijo, Pereira. Pero olvidó que el culpable podía ser un miembro de su propio sindicato. Un hombre que pudiera conocer al dedillo sus movimientos, sus propiedades en Francia... Esta es una de ellas. Y va a ser su panteón.

—De modo que Denise tuvo razón. ¡Era usted, maldito criminal! —jadeó Pereira, lívido.

—Sí, era yo. Ustedes seis podían hundirme si hablaban, si confirmaban lo que habían descubierto en un estúpido error mío. Nadie debía sospechar del vicepresidente del sindicato internacional del crimen... como traidor al propio sindicato, y futuro dueño absoluto de todo cuanto posee el sindicato, apenas yo mismo lo desintegre, atacando a su cabeza principal, cuya identidad solo yo conozco personalmente. Mis apuntes cifrados se extraviaron. Esa maldita mujer, Velda Kingsley, lo descubrió. Dudando que fuese cierto, lo comunicó a ustedes cinco en una asamblea privada. Pensaron en estudiar el caso antes de informar al sindicato. Y ahora... ahora ya no tienen evasión.

—Supongo que Melba, su cómplice, estará también vigilante, por si intentáramos escapar de usted y lo lográramos —musitó tristemente Denise.

—Acertó, querida —rió burlonamente una voz profunda de mujer, a su espalda. Y Melba Logan, la hermosa pelirroja que dejara la muerte misma sobre el mostrador de una joyería londinense, apareció tras ellos, también arma en mano, con una fría sonrisa de triunfo en sus labios carnosos y crueles—. El juego toca a su fin. Deben morir ambos...

El portugués de rizados cabellos y frondoso bigote, parecía tan

indefenso y hundido que no podía causar temor a nadie. Denise, por su parte, era la viva imagen del fracaso y del terror a la muerte.

Melba se aproximó. También el hombre enmascarado, el vicepresidente del sindicato internacional del crimen, que iba a traicionar mortalmente a su propia organización, quizá para ser dueño, en el futuro, de miles y miles de millones de dólares. Para ser, en suma, el más rico y poderoso hombre del mundo. Un buen precio a una alta traición, arriesgada y sutil.

—Bien —suspiró el banquero portugués, con gesto de cansancio. Sus brazos cayeron, sus manos se cerraron. Elevó algo la voz—: Es el último aliento para Denise y para mí... Disparen y terminen de una vez, malditos asesinos...

Melba y su enigmático cómplice, alzaron sus armas. Les encañonaron...

Y, de repente, Carlos Pereira, banquero portugués, se convirtió en un torbellino de acción.

Se convirtió en... «Spectro».

Capítulo II

«SPECTRO» Y LA VERDAD

El enmascarado y Melba Logan lo intuyeron con la rapidez del relámpago. Fue la voz de él, ronca bajo la caperuza, la que estalló en un grito agudo:

—¡No es Pereira! ¡Es... es él! ¡«Spectro»! —gritó agudamente.

Melba Logan, con un soez juramento, impropio de tan hermosa mujer, pero digno de su calaña criminal, se apresuró a disparar su arma.

Para entonces, Denise había logrado girar su esbelto, ágil cuerpo de modelo, disparando su mano zurda algo delgado y afiladísimo que ocultara hasta entonces entre los dedos: un estilete punzante, que clavó en los pechos enhiestos y poderosos de la sensual mujer.

La asesina gritó agudamente, con ojos desorbitados, cuando sintió el impacto del acero, y su disparo salió alto, desviado, mientras corría la sangre sobre sus pechos bronceados.

Al mismo tiempo, el falso Pereira, convertido en un ciclón humano, caía sobre su, adversario y lo arrollaba con una serie fantástica de llaves de judo y golpes secos de karate, que dieron con el encapuchado contra la pared. Crujió su cráneo en el impacto y rodó, dando tumbos a sus pies para quedar inmóvil. Ni siquiera llegó a disparar el arma.

Melba, pese a su herida, volvió a disparar, con un juramento, ahora sobre «Spectro». Este, intuyendo lo que sucedía, saltó de costado, ágilmente. La bala, por desgracia, alcanzó al encapuchado.

«Spectro», bajo su disfraz del portugués Pereira, captó el sordo mazazo de la bala silenciosa contra el pecho del asesino, no lejos de su corazón. Supo que era un balazo mortífero.

—Terminó con su propio compinche —masculló «Spectro», volviéndose irritado hacia ella. La vio vacilar, caer de bruces. El golpe en el suelo sepultó la aguda hoja de acero en su torso. Atravesado el seno izquierdo, debió perforar el corazón. Melba exhaló un grito ronco, y se agitó, quedando luego estirada, inmóvil sobre la alfombra.

—Dios mío... —susurró Denise—. Qué masacre...

—Ellos pensaban hacerla a costa de usted y del auténtico Pereira —jadeó «Spectro»—. Por fortuna, aceptaron que le suplantase a él, antes de llegar a esta casa, en plena carretera. Él no hubiera podido actuar así. Piense que si nos anticipamos a ellos, fue porque usted y yo contuvimos el aliento mientras estrujaba en mis dedos las cápsulas de gas invisible, capaz

de hacer más lentos los reflejos nerviosos del ser humano. Eso y el estilo de que la he provisto previamente, resolvieron el problema.

—¿Usted... usted sabía lo que nos esperaba aquí?

—Lo imaginaba, Denise, apenas descubrí que Pereira tenía bienes inmuebles en París. Si cometía el error de ir a una de sus viviendas, se encontraría con una emboscada. Ese monstruo era demasiado astuto para dejar pasar por alto semejante detalle...

Señaló al hombre encapuchado que agonizaba. La sangre empapaba su cuerpo, sus ropas. Denise le miró con expresión angustiada.

—¿Sabe... sabe usted quién es? —indagó la modelo, en un murmullo.

—«Spectro» lo sabe todo. O casi todo —rió el falso Pereira, bajo su disfraz perfecto—. Desde que supe que él ejecutó personalmente a Velda Kingsley en Los Ángeles, y que es vicepresidente del sindicato, no tuve dudas sobre su identidad. Y más aún al saber que Melba Logan, la ejecutora, artista famosa en Hollywood, era su amante y cómplice despiadada...

Se inclinó «Spectro». Arrancó el sombrero y la caperuza al moribundo. Le miró fijamente al lívido, sudoroso rostro agonizante.

—Usted... Siempre usted, maldito «Spectro»... Una vez más... me derrota... —jadeó el hombre que iba a morir.

—Sí. Otra vez. Ahora, la última y definitiva, señor Arthur F. Rockwell... —citó su nombre completo «Spectro», mientras el magnate de California, el prohombre de las finanzas y la industria, le contemplaba con odio supremo, vidriados sus crueles ojos.

—¿Sabía... que era yo?

—No podía saberlo. Lo sospeché hoy. Era alguien de Estados Unidos. Un hombre rico, influyente, un digno magnate de una organización criminal secreta. Eso encajaba con usted, Rockwell. Encajaba demasiado bien y más con su afán de venganza contra mí, al dejar en cada uno de sus crímenes esa tarjetita firmada por «Spectro»...

—Usted lo desbarató todo. Yo iba... a ser el más rico del mundo... Iba a aniquilar al sindicato... porque sé quién es su cerebro rector. Aniquilado él, todo se derrumbaría...

—Bien, Rockwell. Va a morir —susurró «Spectro», inclinado sobre él, confidencial su tono—. ¿Por qué no descargar del todo su conciencia... y decirme quién es el cerebro del sindicato internacional?

Y Rockwell lo dijo.

Sencillamente, con un estertor ronco, justo al exhalar el último aliento. Dio el nombre. Incluso «Spectro» dilató sus ojos sorprendidos.

Un nombre famoso en todo el mundo. Un personaje al margen de toda sospecha. Alguien importante y prestigioso como pocos.

Y era solamente un supercriminal sin conciencia...

Se levantó con un suspiro. Miró a Denise.

—¿Dijo algo? —preguntó ella, trémula.

—No —negó lentamente «Spectro»—. No dijo nada. Más vale así...

Ella le creyó. Era preciso que le creyera. Aquel secreto sí valía una vida: la suya propia. Y la de Denise. Y de las muchas otras personas.

Un hombre en el mundo, alguien respetado y querido por todos, recurriría al asesinato, inmediato, con tal de mantener su secreto terrible, al frente de la organización. Era necesario que ignorase que su identidad era conocida de «Spectro»... hasta que él mismo lo entregase, vencido, a la justicia internacional.

—Vamos ya, Denise —rogó él—. Nos reuniremos con su amigo Carlos. Y nos despediremos. Su aventura ha terminado. La mía quizá también.

—«Spectro»... —rogó ella.

—¿Sí? —le miró desde su falso rostro.

—Me gustaría saber exactamente... quién se oculta bajo esa máscara humana.

—Eso es algo que a mucha gente le gustaría saber —se encogió él de hombros—. Es algo que yo mismo he llegado casi a olvidar, muchacha...

Luego, «Spectro» la condujo fuera del edificio. Al oscuro lugar donde les aguardaba el verdadero Carlos Pereira, banquero de Lisboa.

* * *

—Sí, Ben. Yo me pregunto también a veces: ¿eres realmente un poco de cada personaje redivivo en ti... o solamente Benjamín Spencer Trumball, el millonario y *play-boy* de moda?

—Vivian, por Dios, nada de nombres —insistió él, riendo, en la cubierta de su yate, apaciblemente anclado frente a las costas de California—. Solamente soy... Ben. Lo demás, son falsas identidades.

—Todas... menos una: el hombre que flirteó con Denise Bliard, la modelo francesa —dijo Vivian, pensativa—. Spencer Trumball. Tu anagrama, Spencer Trumball: «Spectrum», tu propio apodo, dentro de esas dos palabras. Trumball, el enamorado...

—¿Celos? —sonrió él.

—No —negó la hermosa muchacha platinada—. Pero los tuve entonces. Porque no era «Spectro» quien bailaba con ella, quien la cortejaba... sino tú mismo.

—Yo mismo... ¿Quién sabe ya quién soy yo mismo, Vivian? Solo «Spectro» cuenta...

—«Spectro»... —ella rio suavemente—. Creo que el inspector Knight ha presentado su dimisión a Scotland Yard, cuando supo que el sindicato te

enviaba un millón de dólares, y la prensa publicaba el éxito de «Spectro» en el descubrimiento del criminal.

—Tonterías. No le admitirán la renuncia. Es un buen policía. Sospeché que estaría en París, y casi me captura. Por fortuna, fue Sadko quien salió en avión representando mi papel... y quién fue a parar a la cárcel francesa hasta que su inocencia aparente en todo esto obligó a Knight y a los franceses a presentarle mil excusas y ponerle en libertad. Una vez más, creyeron tener a «Spectro». Y, una vez más, «Spectro» se escurrió de entre sus dedos, querida...

—¿Hasta cuándo, Ben? —se quejó ella, rodeándola con sus brazos amorosos.

—Hasta la próxima vez que intente ganarme fácilmente un dinero, unas joyas, algo que merezca la pena... y deje mi tarjeta con mi firma.

—¿Y respecto al sindicato, Ben? —se acordó Vivian de pronto, poniéndose serio su semblante.

—Oh, el sindicato... —él se encogió de hombros, risueño—. No puedo hacer una mala acción a una gente que me envió un millón de dólares de recompensa, querida. Pero «Spectro» tampoco se puede cruzar de brazos ante ciertas cosas. No me gusta traicionar a nadie. No denunciaré al gran hombre que es cerebro de esa organización.

—¿Será justo dejar sobrevivir a un organismo dedicado al crimen y el delito, Ben?

—No soy policía. Ni moralista. Pero de todos modos, algo haré... Un día, alguien le despojará de toda su fortuna al sindicato. Y su presidente será vencido por el propio «Spectro», sin ayuda de la policía. Vencido de una vez por todas, aniquilando al sindicato. Ese día, todo lo que la policía recibirá es un preso o un cadáver, una relación de hechos asombrosa, y una tarjeta firmada por «Spectro»... A cambio de ella, seremos los más ricos del mundo, Vivian.

—O los muertos más bien parecidos del mundo —se quejó ella.

—Ah, cariño... El riesgo es una de las reglas del juego. Y yo respeto siempre las reglas de todos mis juegos —soltó él la carcajada, atrayéndola hacia sí y besándola largamente.

Su fiel Sadko, que aparecía en la puerta de la cabina de popa, regresó presuroso al interior, dejándoles solos en la cubierta del lujoso yate.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCION»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

El lector habitual de obras policíacas que haya leído las obras de Souvestre y Allain, habrá observado que el autor hace aquí una especie de parodia amable, risueña, precisamente del inicio de la primera novela del famoso «Fantômas», editada en 1911 en Francia. (Nota del editor.)

[←2]

FW: Fishing Wade (onda pesquera).